

HUGO CEREZO DARDON

TITO LUCRECIO CARO
y su obra
DE LA NATURALEZA

MEXICO, D. F. — 1946

L. CLASICAS
LICENCIATURA



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TITO LUCRECIO CARO
Y SU OBRA
DE LA NATURALEZA

A MI MADRE

A HILDA

HUGO CEREZO DARDON

TITO LUCRECIO CARO
y su obra
DE LA NATURALEZA

MEXICO, D. F. — 1946

17979

L. CLASICAS
LICENCIATURA

LUCRECIO ANTE SU TIEMPO

—I—

Pienso que el hombre, de hoy o de ayer, ante su época puede adoptar dos actitudes; una real e ideal la otra.

El tiempo limitado por decenios, las edades o períodos —didácticas divisiones de la historia— se presentan, a los ojos de quienes los contemplan cercana o lejanamente, dotados de vida indudable. Tal vida se aprecia —mejor en la distancia— creciendo en la virtud, la cual presupone paz creativa, o bien, desangrada en filis de pasiones inacordes. Otras veces se mezclan paz y guerra, virtud y vicio y los seres humanos se reparten en la lucha para decidir la victoria.

En todos casos no cabe la improvisación. Todo acontecimiento, por nimio que parezca, difunde sus propios reflejos, tomados de luz antigua, y en ellos encontraremos la vida de un efecto. Este puede modificar los latidos del corazón universal, tocar las raíces esenciales de un pueblo o, sencillamente, su exterior estructura.

Es real la actitud cuando el hombre entra en la marejada de los sucesos y aprovecha ventajas o se duele con los brazos cruzados de ellos, tan solo porque está obligado a recorrer un trecho que va del nacer al morir: es cuando olvida su altura espiritual y su tradición siempre purificada por el devenir de los años. Ideal es la actitud cuando anhela elevarse con su tiempo más allá de los naturales

niveles. Y he aquí la razón de los poetas, de los verdaderos hombres de estado, de los profetas.

La obra de éstos puede cosecharse de inmediato o perderse entre los intereses creados. De todas formas no se pierde el paso. Perviven las huellas.

—II—

Si el protagonista de un ensayo —caso del mío— ha vinculado íntimamente su existencia al dolor de su época, a tal grado que en él ha erigido y alimentado sus propias dolencias hasta encaminarse a la libertad de la muerte, ese hecho nos obliga a tratar de reconstruir los casos psicológicos particular y general. Sólo entonces podremos seguir con entera seguridad, dentro de casa, los pasos firmes y dudosos, reconocer la razón de las caídas y de los descansos de nuestro personaje. De esta manera se nos dará la alegría de resolver una angustia.

En mi concepto Tito Lucrecio Caro no podía luchar por la República —ya se escuchaba doblar a muerte por ella— con el pensamiento y con la acción. En la oscuridad de su vida podemos vislumbrar con absoluta claridad al pensador que se aparta, apoyado en una doctrina y fiel a ella, de los horrores de su tiempo y una vez en su apartamiento, podemos leerlo en su obra, todo el dolor que sus ojos pudieron mirar en la dualidad de hombre y artista, se transformó en poesía moral o en bellas pinceladas que esbozan lo que a sus pies era descomposición, vicio y muerte.

El sufría tal como se sufre cuando estamos próximos a perder un amigo querido, al cual prodigamos las postreras palabras de aliento, pero a quien no podemos robar a la codicia de la muerte.

Lucrecio dedica su obra, tradicional costumbre, a C. Memio Gemelo en los momentos precisos que éste era uno más en la cuenta de los marios y los silas. El personifica en mi manera de comprender este tema a la propia Repú-

blica Romana. Algunos de los comentaristas que he podido consultar sólo ven en él al favorecido del poeta. Para mí es el tipo de romano que jugaba, al igual que los de su clase, con la República bamboleante. En su espíritu se sucedían la política, la cultura y el vicio. Y cuando en esta sucesión la primera —corto o largo camino para la ambición más desmesurada— absorbe el complejo mental, Lucrecio lanza sobre la sombra su luminosa *Naturaleza de las Cosas*. Es decir, pues, que el poeta habla en voz alta a su República, idealmente dolido, por intermedio de su querido amigo, que era parte de la llaga.

Las noticias acerca de Memio son suficientes para revivir su personalidad. En cultura sigue la costumbre de la juventud acomodada de su tiempo: intruirse en fuentes griegas, en cenáculos y epistolarmente con ingenios nacionales. Ajasson de Gransagne dice acerca de esto: "En fin, se sabe de C. Memmius Gemelus, a quien Lucrecio dedica su *Poema de la Naturaleza*, que estudia en Atenas, donde la munificencia de su padre L. Memmius, contribuye poderosamente al brillo de la secta epicúrea" (1). Sé corrobora esta noticia en el *Comentario Bibliográfico* de Blanchet: "Buen orador, Cicerón es quien lo dice, poeta agradable, hombre de gusto, huía del trabajo y buscaba en el estudio, ante todo, ocupación sin fatiga" (2).

Sabemos que Lucrecio acompañó a C. Memio en esta vocación espiritual. Mas, posteriormente, ambos seguirán disímiles derroteros. Aquél en tal principio encuentra el fin de su vida. Este relegará a segundo término una labor bella en sí misma, pero extemporánea si no se combina con política y placeres. Si no se mezclaba, en otras palabras, con la Roma de los sombríos dictadores.

De su actuación política son varias las referencias. Cicerón nos habla de ellas. La que reproduzco presentará con claridad mi propósito. Dice así: "Curioso es ver el fin de todo esto. Los cónsules (Domicio Cnobardo y Appio Claudio) están cubiertos de infamia desde que el candidato C. Memmio ha leído en pleno Senado el contrato de elección ajustado con él y con su contrincante Dionisio, en virtud del cual los dos se comprometen, bajo la condición

de ser designados cónsules para el año próximo, bien a pagar a los cónsules una indemnización de cuatrocientos mil sextercios cada uno, bien a procurarles tres augures que aseguren haber asistido a la promulgación de la ley Curriata, que no se ha promulgado: dos consulares que declaran haber presenciado la sesión del abastecimiento de las provincias consulares, sesión que no se celebró jamás... Como este contrato no fué verbal, y los libros de cuentas y obligaciones firmadas hacen fe, Memmio lo presentó todo por consejo de Pompeyo" (3). El mismo Cicerón agrega más adelante: "Memmio ha perdido mucho —se refiere a lo anterior— rompiendo de esta manera el pacto, a pesar de Calvino (Domicio), así es que solamente piensa en la dictadura y fomenta cuanto puede el desorden" (4).

Es dudosa también la moralidad de Memmio. En las *Cartas Políticas* del mismo autor encontramos el pasaje en que refiere a Atico el aplazamiento de los Sagrados Misterios de la Juventud, porque "Memmio ha iniciado en los suyos propios a la esposa de M. Lúculo".

Ofrecer un libro doctrinario para arrancar al amigo y por consiguiente a la República de la corriente tumultuosa, es imaginarnos el salvamento de náufragos desde la orilla. El razonamiento moral y filosófico era el menos apropiado para la mentalidad romana de los enaltecidos y menos aun para la de los agobiados. Entremos al sueño de Lucrecio:

"¡Qué placer, cuando turbado el mar por la furia del viento, vemos, desde la tierra el peligro ajeno! Y no porque el sufrimiento de los demás sea para nosotros motivo de deleite, sino porque es agradable contemplar los males a cuyo abrigo estamos. ¡Qué felicidad, cuando vemos, a cubierto de todo riesgo personal, entrechocarse en la llanura los grandes ejércitos! Pero nada tan dulce como situarse en las cumbres mismas de la filosofía, protegidas por la doctrina serena de los sabios, y contemplar desde allí el incesante errar de los mortales en busca de su camino, y verlos rivalizar en inteligencia y competir en nobleza, tratando de alcanzar la opulencia y el poderío en una lucha incansable de noches y de días". (Lib. II, vs. 1-13) (5).

Creo, pues, como lo expresé antes, que Memmio, al cual sería necio considerar nada más como pretexto, de todas maneras, al vivir identificado con la corrupción de la República, sirve a Lucrecio de portavoz para sus contemporáneos. El ofrecía una tea para iluminar no sólo la conciencia de su amigo, sino, además, la colectiva. Triste afán, de seguro, porque exigua era una luz en medio de noche tan cerrada.

—III—

Lucrecio en su consciente apartamiento no entrega a la posteridad tan solo un libro poético-doctrinario. Ello es su propósito central, pero su amor filosófico y humano vivificado en la contemplación serena de su tiempo, nos presenta, sin el fin deliberado de historiar su época, cuadros exactos de costumbres que enlazados por medio de un previsto retorno a los hechos bien pueden servir, excluida su finalidad moral, para ponderar por medio de poética balanza, el valor de la Roma Republicana.

En mis manos estos cuadros resta el trabajo de enlace. Ir a las causas determinantes que alimentaron —a pesar de las señeras figuras de Porcio, de los Gracos, de Metelo, etc.— el fuego que, implacable, consumía en Roma los valores esenciales del espíritu.

En el discurso que Tito Livio pone en labios de Porcio Catón vive, ya que no en las palabras mismas, el espíritu de la defensa a la Ley Oppia (6). Posee, en mi opinión, todo el contenido vital capaz de sostener el organismo de un pueblo. Ahí defendió el alma de la ley con profundo nacionalismo, ora criticó el exotismo que invadía la república, ora, también, trajo a cuenta antiguas palabras: "...frecuentemente he repetido que dos vicios contrarios, la avaricia y el lujo, minaban la República. Estas dos calamidades han causado la ruina de todos los grandes imperios" (7). Catón fué vencido por sus adversarios (8) y el lujo derrotó a la severidad.

La Roma de años después recoge esta herencia y la engrandece. Lucrecio la vive desde lejos y la poetisa, al par que un matiz de amargura y un fuerte tono de moral epitérea adornan sus palabras:

"...se adquieren perfumes, lindo calzado procedente de Sición, joyas de oro y de verde esmeralda, ropas delicadas que se humedecen con el sudor de la persona amada; los bienes que los antepasados supieron juntar y legaron a sus herederos se disipan en fajas, tocas, estofas de Malta y Cea, opíparos banquetes, dulces vinos, suaves perfumes, recreos, guirnaldas y coronas; y a pesar de tantos dispendios nada es bastante para endulzar la amargura que se experimenta, y de cuyo fondo surgen flores que se convierten en espinas, ya porque la propia conciencia acusa que se lleva una vida ociosa o perjudicial..." (Lib. IV, vs. 1125-1136).

En los botines de guerra de los vencedores romanos no venían solamente bibliotecas griegas, obras de arte.. Cargadas llegaban también de lo oriental negativo. Todavía el autor de *Las Décadas* nos explica como a las salas romanas se agregaron ábacos, monopodias y a los festines cantoras y arpistas (psaltriae, sambucistriae) para divertir a los comensales.

Posteriormente Lucrecio que sabe de ello se dirige a quienes la suerte no les favoreció en tal sentido, al mismo tiempo que nos confirma lo expresado:

"...si en nuestra mansión no se ven áureas estatuas juveniles que sostengan en sus diestras brillantes lámparas que alumbrén los nocturnos banquetes, ni resplandece la plata, ni rebrilla el oro en nuestra casa, ni resuena el son de las cítaras bajo los áureos artesonados de las salas, no son precisas, en cambio, grandes riquezas para descansar nuestros cuerpos tendidos en el mullido césped, junto a la corriente del agua y bajo el ramaje de los altos árboles, sobre todo si el tiempo nos sonríe y la estación propicia siembra de flores la verdeante yerba..." (Lib. II, vs. 25 - 33).

La influencia de Las Bacanales debe juzgarse sobre todo religiosamente. Pero su peso sobre la moral pública

no fué menos considerable. A esta luz haré mis consideraciones ya que, como dije antes, ningún efecto puede juzgarse sin ir a las causas. ¿Podía un griego "de oscuro linaje" jugar con la estructura de Roma si ésta no le hubiese ofrecido campo abonado para recibir la semilla de todos los excesos? Y antes de que Pácula Annia mezclase a los hombres en los "nocturnos misterios" ¿qué puede decir el pensamiento de la moral pública? Lucrecio nos da la respuesta años después. Parece que de nuevo cobrarán actualidad las prevenciones de Postumio y la voz ordenativa del Senatus Consulto:

"Añádase, además, que las fuerzas se consumen agotadas por anhelos eróticos; que se pasa la vida sujeta a ajena esclavitud" (Lib. IV, vs. 1121-1122).

Pero de todo duele más a Lucrecio, y por consiguiente les dedica su palabra ideal, la ambición y la guerra. Su actitud es completamente explicable. Ambas ocupaban la mente, hasta la enfermedad, de los gobernantes y gobernados. Por una y por otra pocas veces encontró la muerte la vida tan segada, tan a la mano.

Por antiguas causas Yugurta, los Cimbros, Mitriades, los griegos, etc. dieron actualidad a los campos de batalla. Espartaco recogió el cetro que había pasado de Antíoco (Euno de Apamea) a Trifón (Salvio) y por último al primero. A dos enfermos con gloria había de tocarles sumar a todo ello la lucha fratricida. Contemplémoslos.

A la juventud de Mario plena de ambición enfermiza sucede vejez cruel y feroz. Esto nos dice, más o menos, Plutarco. Con palabras semejantes retratará a Sila: "...y dejábase obsequiar de los que le pedían; de manera que no podía quedar duda qué era lo que por naturaleza sobresalía en él, si la soberbia o la bajeza" (9).

En las manos neuróticas de estos dos personajes agonizaba Roma. Todo anhelo ideal había desaparecido de la vida pública. El primero en los últimos años de su vida, temeroso, menos de su decadencia física que de su postura dictatorial, buscaba, aduciendo mínimos pretextos, nuc-

vas contiendas y desazones. El segundo, engrandecido por las victorias ganadas a los colonizados, encaminó los ejércitos humanos y de la ambición personal, en contra de Mario. Y de tal momento en adelante desaparece todo fin nacional para quedar tan solo, frente a frente, en sanguinaria contienda, el odio de dos hombres y sus privilegiados jugando a la muerte y a las proscripciones: "Arrojados los cadáveres sin cabeza y pisados por las calles, ya no era compasión la que excitaban, sino susto y terror en todos con semejante vista" (10).

A esta venganza de Mario respondió Sila: "Proscribíanse no sólo en Roma sino en todas las ciudades de Italia: no estando inmunes y puros de esta sangrienta matanza ni los templos de los dioses, ni los hogares de la hospitalidad, ni la casa paterna; sino que los maridos eran asesinados en los brazos de sus mujeres, y los hijos en lo de sus madres" (11).

Trazados a vuelo estos son otros panoramas en los ojos del poeta. Prolijo sería reproducir sus palabras sin eco inmediato. Oigamos, pues, parcialmente, los acordes de una sinfonía conciliadora, dolorida, compuesta para un teatro donde sólo la muerte repitió su libreto día a día:

"Finalmente, la avaricia y el ciego afán de honores empujan a los hombres a transgredir los límites del derecho, a hacerse cómplices y servidores del crimen, y a pretender con sin igual esfuerzo, noche y día, apoderarse de la mayor suma de riquezas. Estas lacras de la existencia se alimentan en su mayor parte con el temor a la muerte, porque la mala fama, el desprecio y la dura pobreza parecen reñidas con una existencia dulce y estable, y como que residen en los umbrales mismos de la muerte; y queriendo los hombres, poseídos de un falso terror, apartarse y huir de ella lo más posible, se enriquecen con la sangre ciudadana, duplican sus recursos ávidamente y acumulan crimen sobre crimen. Con la muerte desdichada del hermano se alegran, y hasta la muerte de los suyos les inspira odio y temor" (Lib. III, vs. 59-73).

Con estas trágicas visiones llenando por completo sus ojos, se va Lucrecio de la vida, epicúrea y humanamente, a raíz de la muerte del sedicioso Clodio (12).

El poeta, a veces, de contemplarse a sí mismo llega a la enredada raíz del hombre. A Lucrecio pudo bastarle su tiempo para opinar acerca de la miseria humana. Pero el sér que en ocasiones se desliga del ritmo cotidiano material para entrar en sí mismo, como quien entra de pronto a un castillo olvidado, podrá contemplar su polvo y sus telarañas, y encontrar allí más de una razón que signifique personal desasosiego, y nunca lo propio, insignificante en apariencia, ha dejado de contribuir a la felicidad de los pueblos. Ello hace a Lucrecio profetizar y sentirse pesimista:

“Más vale obedecer en paz que gobernar en guerra. Dignos de lástima son los que envueltos en sudor y en sangre luchan ciegos en la estrecha vía de la ambición; no comprenden que la envidia, como el rayo, ataca principalmente los puntos elevados, y como se guían por ajeno parecer, ajustan sus actos más a lo que oyen que a sus propios pensamientos. *Así los hombres son y han sido siempre, y así en lo sucesivo habrán de ser*” (Lib. V, vs. 1129-1137).

Más adelante, en el libro IV, vs. 17-23, agrega lo siguiente:

“...pensó que el mal no estaba en las cosas, sino en el hombre mismo, es decir no en el líquido, sino en el vaso, que por estar envenenado corrompe todo lo que en él se vierte”.

Sus miradas no podían estacionarse en un solo paisaje. Otros que nada más se miran desde dentro y que son del futuro y no del presente, también quedaron en la cárcel del verso lucreciano. ¡Con cuánta actualidad se elevan cada vez que revivimos los historiales de la humanidad!:

“Pero creo que los hombres no habrán dejado quizá de presen-

tir y de ver que tantos desastres producen grandes sufrimientos, no sólo para lo que han sido sus causantes, sino también para las generaciones futuras. *Y puedes creer que este mal no ha de limitarse a nuestro mundo, sino a todos los mundos formados con vario origen*" (Lib. V, vs. 1342 - 1347).¹²

NOTAS

- (1) Lucrece, *De la Nature des Choses*. Poëme traduit en prose par de Pongerville avec une notice litteraire et bibliographique par Ajasson de Grandsagne. Paris. C. L. F. Panckoucke, 1885.
- (2) *Oeuvres Completes de Lucrece* avec la traduction française de Lagrange. Revue avec le plus grand soin par M. Blanchet. Paris, Garnier freres, Libraires-Editeurs, 1871.
- (3) Marco Tulio Cicerón, *Cartas Políticas*, versión castellana de D. Francisco Navarro y Calvo, Biblioteca Clásica. Carta XVIII, Lib. IV, pág. 188.
- (4) *Ob. cit.* de Cicerón, id. número de carta, libro y pág.
- (5) En este trabajo se usará para los tres primeros libros la traducción del Dr. Agustín Millares Carlo. De ella la mayor parte está inédita. La revista *El Hijo Pródigo*, Vol. IV, N^o 15, junio de 1944, publicó una selección de ellos. Para los libros IV, V, VI servirá la versión en prosa del Dr. Manuel Rodríguez Nava, *Naturaleza de las Cosas*, prólogo de D. Francisco Pi y Margall, Madrid, Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros, 1893.—La numeración de los versos ha sido tomada de la edición bilingüe por Alfred Ernout, *De la Nature*, Paris, Société d'Édition "*Les Belles Lettres*", 1935.
- (6) La Ley Oppia fué dada por el tribuno C. Oppio, bajo el consulado de Q. Fabio y de T. Sempronio, en lo más recio de la Guerra Púnica. Prohibía a las mujeres tener más de media onza de oro, llevar trajes de diferentes colores y usar carruajes en Roma o en otras ciudades o a una milla de su recinto, exceptuando el caso de sacrificios públicos.

- (7) *Historia de Roma*, Tito Livio, Traducción de Navarro y Calvo, Biblioteca Clásica, Tomos 111-112.
- (8) Fueron los tribunos M. Fundanio y L. Valerio los que propusieron la abrogación de la Ley Oppia.
- (9) Plutarco, *Vidas Paralelas*, Biblioteca Clásica, traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.
- (10) *Ob. cit.* de Plutarco.
- (11) *Ob. cit.* de Plutarco.
- (12) Año 44 A. de J.

EL HOMBRE, EL POETA, LA OBRA

En el capítulo anterior encaminé mi esfuerzo a determinar la actitud de Lucrecio ante su tiempo. Quise establecer que él, apartado de la acción, redujo su vida a contemplar el sangriento paisaje romano; que lo vivió esencialmente como poeta y supo describirlo como tal asido, desde luego, a su exhaltada profesión de fe epicúrea. A otras luces, las que nos presenta ya no el tiempo en particular sino la obra y el autor, es indispensable considerar que, de todas suertes, aun en la margen de los acontecimientos, el hombre no puede dejar de influir en ellos su conciencia. Si como en el caso lucreciano viene a coadyuvar sensibilidad más afinada, es indudable que la noche de su época rebelara el espíritu y al expresarse animara la música del canto.

Creo que la experiencia del hombre forma al poeta. Sobre todo al antiguo. Las propias llagas se exhiben en el complejo de la obra laborada, no sólo en pasión, sino, además, en conocimiento profundo de la temática.

Poco o nada interesan los datos escasos —apenas quizás los amorosos— sobre la vida de Lucrecio. Lo que de él se sabe se repite tanto en las obras fundamentales como en los manuales de Literatura Latina (1). Del hombre, de su humanidad, las biografías, muchas veces, rinden la razón de la obra o del comportamiento. En este caso, poco favorecidos de tal fuente, debemos rebuscarlo en el incendio de sus versos.

El dolor romano, dolor total de pueblo, despertó en Lucrecio el anhelo expresivo. El amó, tanto como a Epicuro, el dolido costado de su Roma. Por lo mismo filósofo y amor de poeta se confunden y suceden en primacías. El *Canto a Venus*, inicial del libro, es, por decirlo así, oración ferviente y por medio de ella Lucrecio pide al amor su vestidura, la que sólo él puede darnos: de luminosa fortaleza vital:

“Como tú gobiernas la naturaleza y sin ti nada surge a las divinas orillas de la luz, ni se hace grato ni digno de amor, solicito tu protección para este poema que acerca de la naturaleza intento escribir y que dedico a nuestro Memio, a quién tú quisiste ver adornado en todo tiempo de las virtudes más excelsas” (Lib. I, vs. 22 - 28).

Razón tan indiscutiblemente humana como es ver desaparecidos los valores esenciales y situada en primeros términos la negatividad, odio en lugar de amor, predominio de muerte sobre vida, guerra en vez de paz, grises espacios, en fin, derrotando el calor y la luz, condicionaron la vida de Lucrecio y le hicieron apresar el dolor y verterlo como de vaso muy colmado.

No es posible negar al filósofo, pero sería necio esconder al hombre. No creo por principio en la impersonalidad. Si con deliberación se oculta el alma, escapará en el grabado de la voz. Es imposible no descubrir el espíritu entre líneas. Hombre, poeta y filósofo están presentes en *De Rerum Natura*. El segundo plantea al primero y al tercero y, a ratos, los oscurece. A la temática puede dársele espacios: estar fuera o dentro del propio corazón. Lucrecio confunde los lugares: el campo mental de la doctrina, el panorama de Roma y el poeta —sublimación del hombre— se atropellan en el mismo cauce y estructuran el mismo mar de olas altas, con viento propio, que las sostiene erguidas, espinadas.

En el concepto antiguo *De Rerum Natura* es obra poética (2). Distanciados siglos tropezamos con que el “término “poesía” ha limitado su campo: se aplica sólo a libros “que ofrecen una “temperatura” de ánimo que no se

encuentra en obras de carácter más discursivo". La Naturaleza de las Cosas desea ofrecer doctrina filosófica. "La literatura expresa al hombre en cuanto es humano. La no literatura en cuanto es teólogo, filósofo, cientista, historiador, estadista, político, técnico, etc.". ¿Por qué, pues, *De Rerum Natura*, comprendida en este último concepto, es sobre todo obra poética? Las notas anteriores y las siguientes de Alfonso Reyes, plantean y resuelven diáfana-mente el problema de la poesía lucreciana. Con menosca-
bo del propio esfuerzo abramos *El Deslinde*:

Préstamo	Total (Lucrecio)
(De lo literario a	Poético
lo no literario	Esporádico (Bergson)

Luego, causa de amenidad, despeja la incógnita final: "La obra no literaria tiende a la manera literaria por un deseo de amenidad y atractivo, cuando así lo quiere el temperamento del autor —en quien la necesidad estética no logra ceder ante otros intereses—, o cuando así lo aconseja el propósito de vulgarización.

Al primer término de la disyuntiva, o razón de temperamento, corresponden algunos *diálogos socrático-platónicos*, y el poema de Lucrecio *De Rerum Natura*; obras éstas de valor filosófico que se acompañan de una calidad estética sólo secundaria en principio, aun cuando en sí misma tan valiosa que pasa al primer plano de la apreciación del lector y más cuando, a efectos del tiempo, algunas especies intelectuales pueden despreciarse, y no así el efecto de la belleza" (3).

Al aprovechar la crítica de A. Reyes he aceptado las ideas vertidas, pero difiere ante él mi siguiente concepto: creo que todo tema es, originariamente, aliterario y no opuesto a tal cualidad. Un motivo carece de poesía o la posee en mayor o menor grado. Tal posesión puede ser apreciada, gustada o sentida, con más o menos sensibilidad, pero hasta el momento de la creación sabremos si trasladada es bella o no literariamente, porque tal acto es posterior al motivo y supeditado a atributos personales.

Para el caso de Lucrecio este pensamiento adquiere mayor validez. Para el poeta moderno podría parecer el tema físico de ardua realización poética-literaria, pero para el autor *De la Naturaleza*, la simple identificación con el tema de manera absoluta, facilitaba la realización literaria, porque para él en tal asunto estaba su concepción del mundo y el poeta, en todos casos, no busca más que plasmar su concepto de lo universal. Si para Lucrecio hubiese sido accidental el contacto con el sistema epicúreo, podríamos hacer un cálculo de esfuerzo, pero no de otra manera.

Como podrá comprobarse con la lectura posterior, el mismo Lucrecio nos confirma el agrado por realizar la doctrina, como parte de su naturaleza, y lo que espera por la belleza de tal realización. Significa que de antemano sabía, pues lo confiesa, que en el tema no había un *anti* sino, al contrario, algo revestible de las mejores galas. En síntesis, pues, los temas están sin literatura, pero no en contra de ella.

Para realzar con nuevos hechos la estatura del poeta y reafirmar sobre todo la razón de por qué admiramos el verso fuertemente alado de Lucrecio debemos hacer esta consideración: advertimos al hombre exaltado por el dolor del medio, mas si quisiéramos hacer caso omiso del carácter doctrinario de la obra, aun podrian quedarnos suficientes versos repartidos en la obra para hacer vivir al poeta aunque excluyéramos al filósofo. Si nuestra exigencia fuese ilimitada bastaría parte del último libro, la Peste de Atenas, para encontrar cómo estuvo en fuego, en sublime pira. El poeta es inmortal cuando al leerlo sufrimos, gozamos, nos identificamos por tanto, a pesar del tiempo, con la obra. ¿Quién podría asegurar que no pena y se apesta a sí mismo en este canto? Constant Martha dice que para encontrar parecido acento en la antigüedad es necesario ir a los primeros cristianos y contemplarlos en meditaciones acerca de sí mismos y en la miseria de pasiones humanas: un llevar el alma a la pureza por medio de ardua penitencia.

El poeta se encuentra en natural lectura de la obra,

mas si no bastara ello y quisiéramos seguir reafirmando tal personalidad, por cima del filósofo, observemos que tanto ardor traiciona la impasibilidad epicúrea (4). Sólo así, además, puedo explicarme la fortaleza *De Rerum Natura*. De este modo entiendo su contextura, no de filigranas, sino de hierro puro.

—II—

Creo que mis comentarios precedentes, con apoyo de opiniones extrañas y de apreciaciones personales, razonan al poeta y al hombre. Quedan, sin embargo, los pensamientos que de sí mismo nos legó Lucrecio y los argumentos que, acerca de él, expresaron los antiguos. Ambos terminan de acreditar los motivos de este capítulo.

Lucrecio, negador de la inmortalidad, se la concede en forma, ya no velada, sino con palabras que no dejan lugar a ninguna duda. Reconoce todas las dificultades de su empresa:

“No se me oculta cuan difícil es expresar en versos latinos los oscuros descubrimientos de los griegos, teniendo sobre todo que servirnos de muchas palabras nuevas, a causa de la pobreza de nuestra lengua y de la novedad del asunto” (Lib. I, vs. 137 - 140).

“La pobreza de nuestra lengua materna no me permite, a pesar de mi deseo, explicarte de qué modo esos cuatro elementos se mezclan entre sí y combinan sus actividades. Intentaré, no obstante, hacerlo breve y sumariamente” (Lib. III, vs. 259 - 261).

pero a pesar de ellas no duda del éxito rotundo de la realización poética.

Tan seguro estuvo de su valor como poeta que desde el libro I —versos que repite iguales en el IV— encontramos el mejor y más valioso sostén:

“Escucha ahora, oh Memio, más claramente aún lo que te falta

por conocer. No se me oculta su oscuridad, *pero una esperanza grande de gloria atravesó con su agudo tirso mi corazón* e infundió, al mismo tiempo, en mi pecho el suave amor de las musas, que aguijoneando mi mente, *la llevan a recorrer ahora las apartadas regiones de las Piérides, que antes no holló jamás la planta humana*. Quiero acercarme a las fuentes vírgenes y beber en ellas; *quiero cortar nuevas flores y tejer para mi frente una corona a ningún otro mortal concedida hasta ahora por las musas*" (Lib. I, vs. 921 - 930).

Mas si aun no fuera suficiente, en los libros I, II y IV alude de nuevo a la calidad de su exposición:

"Mas si, perezoso, te apartares por poco que sea nuestro objeto, lesde ahora, oh Memio te digo: *Mi suave lengua derramará de mi pecho fecundo el caudal abundante sacado de las grandes fuentes...*" (Lib. I, vs. 410 - 414).

"Voy ahora inmediatamente a exponerte en *suaves*, aunque pocos versos..." (Lib. II).

"Aunque en servicio de la razón he expuesto ya muchas verdades, me restan por declarar otras de las que te hablaré en *pulidos versos*" (Lib. VI, vs. 80 - 83).

Apenas es posible encontrar dos dudas del poeta ante las seguridades anteriores: el advenimiento de la vejez, antesala de la muerte, antes de llevar a feliz término la obra. (5).

"...Pero, temo que la entorpecedora vejez embote mis miembros y quiebre los resortes de mi vida, antes de que llegue a tus oídos la riqueza de argumentos que para probar cada punto de mi doctrina se encierra en mis versos" (Lib. I, vs. 415-418).

Y una invocación a la musa de la elocuencia y de la poesía épica:

"*Y para que pueda llegar felizmente al término de mi carrera, muéstrame el camino que debo recorrer, hábil musa Calíope, recreo*

de los hombres y encanto de los dioses, pues si tú me guías ganaré corona insignie de alto aprecio (Lib. VI, vs. 91-95) (6).

—III—

A diferencia de otros escritores latinos que merecieron la preocupación de sus sucedáneos o la estima de los valores de su tiempo y que nos legaron, por tanto, datos suficientes para la valorización, Lucrecio no gozó, con predilección, del favor de ellos.

No significa esto desconocimiento del valor poético. Es imposible pensar en ello, puesto que la forma y su belleza, desde principio, quedaron, hecho inescapable por ejemplo a Cicerón, indiscutibles.

Los antiguos aluden a Lucrecio, pero no con especialidad. Lo recuerdan ocasionalmente en tiradas de versos, ante problemas físicos o de creación universal. Estas alusiones, entonces insuficientes para la gloria del poeta, ahora nos forman idea de que en su pensamiento, velado con intención, no podían dejar de reconocer la altura de la realización poética.

Ante mis aseveraciones se plantea, por sí sola, esta pregunta ¿por qué los antiguos ocultaron a Lucrecio? Clara me parece la respuesta: ninguno en la antigüedad atacó con más valor, de manera contundente, con singular hombría, los dioses romanos y las supersticiones populares. Para los dictadores —aunque ellos mismos no creyeran en una mitología viciada— era base y sostén el respeto a los dioses y las creencias fuertemente enraizadas en el espíritu del pueblo. Escritores con gozo de privilegios proteccionistas o que participaban, en algunos casos, del juego gubernamental, por personales conveniencias callaron al poeta de la naturaleza. Se explica, por otra parte, por la no adhesión a la doctrina filosófica.

Algunas de estas notas, por la imposibilidad de beber en fuentes propias, han sido tomadas del prólogo de Ajasson de Gransagne que precede a la obra citada de Ponger-

ville. Varias de ellas se repiten en la edición de M. Nisard (París, 1849) y en *Le Poème de Lucrece* de Constant Martha. Otras se han adquirido directamente de las obras cuya consulta no ofrece dificultades.

Ovidio, en sus obras *Las Tristes* y *Amores* (Lib. II, vs. 425-26 y Lib. I y XV, v. 23-24, respectivamente) se expresa así de Lucrecio:

“Explicat ut causas rapidi Lucretius ignis
casurunque triplex vaticinatur opus”.

“Carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti
Exitio terras quum dabit una dies”.

Propercio (*Elegías*, Lib. II, XXV, 29-30) dice lo siguiente:

“Aut quid Lucreti tibi prosunt carmina Lecta?
Nil juvat in magno vester amore senex.

Estacio (*Silvas*, Lib. II, VII, v. 76-77) establece un notable paralelo que merecería estudio aparte, por la influencia categórica de Ennio sobre nuestro protagonista:

“...Musa rudis ferocis Enni
Et docti furor arduus Lucreti”.

Esta caracterización de Estacio me parece de las más acertadas.

Virgilio, que sufrió innegable influencia de Lucrecio, no le menciona particularmente, pero las imitaciones que de él hizo, nos enteran del conocimiento que tuvo *De Rerum Natura*. La alusión temática, sobre todo, hace indiscutible la referencia. Leamos estos versos de la *Egloga a Sileno*:

“Nanque canebat, uti magnum per inane coacta
Semina terrarunque animaeque marisque fuissent
Et liquidi simil ignis; ut his exordia primis

Omnia, et ipse tener mundi concreverit orbis;
Tum durare solum, et discludere Nerea ponto
Coeperit, et rerum paullatim sumere formas;
Iaque novum terrae stupeant lucescere solem,
Altius alque cadant subnotis nubibus imbres;
Incipiant silvae quum primun surgere, quumque
Rara per ignaros errent animalia montis" (7).

En *Las Geórgicas* —Lib. II, vs. 475-482— la idea y el tono lucreciano cobran vida:

"Me vero primun dulces ante omnia Musae,
Quarum sacra fero ingenti percussus amore,
Adcipiant; coelique vias et sidera monstrent;
Defectus solis varios, lunaeque labores;
Unde tremor terris; qua vi maria alta tumescant
Obiicibus ruptis, rursusque in se ipsa residant;
Qui tantum Oceano properent se tinguere soles
Hiberni, vel quae tardis mora noctibus obstet" (8).

Y como prueba final, indiscutible, nos quedan los versos 490-93, de la misma obra citada antes, donde nos parece escuchamos al propio Lucrecio:

"Felix, qui potuit rerum cognoscere causas;
atque metus omnis et inexorabile fatum
sabiciet pedibus, estrepitumque Acherontis avari" (9).

Entre los prosistas podemos mencionar de Cicerón, la cita que de Lucrecio hace en la Carta II del Lib. II a Quintus: "Lucretti poemata, ut scribis, ita sunt multis luminibus ingenii, multae tamen et artis".

Para Quintiliano, que buscó sobre todo la educación del orador, las fuentes del libro de Lucrecio no le parecieron de lo más adecuado, aunque reconozca en otro pasaje del Lib. I, Cap. 4, que, de todas suertes, grandes beneficios, pueden obtenerse de su lectura:

"Nec ignara philosophiae (grammaticae potest esse perfecta), quum

propter plurimum in omnibus fere carminibus locos, ex intima quaestionum naturalium subtilitate repetitos; tum vel propter Empedoclem in Graecis, Varronen ac Lucretium in Latinis, qui praecepta sapientiae versibus tradiderunt”.

Entre los historiadores Cornelio Nepote (*Vida de Pomp. Att.*, XII, 4) y Veleyo Patérculo (*Hist. Rom. Lib. II*, 36) le colocan, el primero al lado de Catulo como primer poeta de Roma y el segundo entre los genios.

Cierro estas citas con la simple indicación que también el poeta-médico Samónico y Vitruvio (*Arquit. Lib. IX*, cap. 3) se refirieron, de modo laudatorio, a nuestro poeta.

—IV—

Para referirme en particular al carácter didáctico de la obra —hablé del poético, seguiré con el filosófico— creo que en este aspecto Lucrecio llegó también a la realización perfecta. Una transmisión doctrinaria —no importa cual sea—, no debemos olvidar la psicología del romano poco apto para las elucubraciones arduas o elevadas (caso también de los griegos bajo el dominio macedonio), precisa de una exposición cuyo trabajo mental se dé preparado. El ejemplo y el símil fueron manejados por Lucrecio con la habilidad de un maestro que se hubiera formado en la práctica de la enseñanza y no tan solo en el dominio de la teoría. Es posible que esta facilidad didáctica la adquiriera de Zenón de quien se presume fué su maestro en Atenas. Así el más profano en la doctrina epicúrea, encontrará en el simple contacto con la obra, sencillez y explicaciones, a más de las sugerencias que siembra, que no precisan retroceder a meditar los pensamientos. Si releemos es tan solo por el gusto estético que provoca. Deleite poético y seguridad didáctica es el resumen de esta obra.

NOTAS

- (1) Tito Lucrecio Caro nació en Roma el año 95 A. de J. Es notorio —la mayor parte de los escritores romanos procedieron de provincias— que nuestro poeta y César fueran originarios de la capital. Se dice con insistencia, a pesar de las controversias, que visitó a Atenas. La doctrina epicúrea le fué transmitida por Zenón jefe de la escuela epicúrea en esa entonces. Por su nacimiento linajudo, de la gran familia Lucrecia, pudo aspirar a los honores. No insistiremos en el por qué de su alejamiento de ellos. San Jerónimo —quien en esta materia nos merece escaso crédito— afirma que, debido a un filtro de amor, Lucrecio padeció accesos de locura y por ello en intervalos lúcidos compuso su obra. Los comentaristas, con razón suficiente, juzgan imposible la concepción de una obra, la cual se caracteriza sobre todo por la transparencia del pensamiento, tan solo con el aprovechamiento de momentos normales. El Dr. Millares Carlo me informó verbalmente de un estudio, creo que de Ettore Stampini, acerca de la locura de Lucrecio. No me ha sido posible consultarlo por no hallarse en bibliotecas mexicanas. El mismo San Jerónimo afirma que cortó su vida con el suicidio. Esto, aunque más verosímil, tampoco puede comprobarse. Murió, en esto hay más certeza, en el año 44 A. de J. Su muerte coincide con la de Clodio y según otros con la toma de la toga viril por parte de Virgilio.
- (2) "En rigor la antigüedad aplicó el término *poesia* en otros sentidos diferentes. En un sentido lato, llamó *poesia* a toda obra de creación humana". Alfonso Reyes, *El Deslinde*, pág. 21, Colegio de México. 1944.

- (3) *Ob. cit.* de Alfonso Reyes, pág. 41.
- (4) "Este fiero y gracioso transporte es tanto más notable en cuanto es insólito en la escuela de Epicuro. En general la propaganda epicureísta era calmada, y aunque podía ser obstinada, no recurría a la elocuencia y en esto tenía una aire con los estoicos, por ejemplo". Constant Martha, *Le Poème de Lucrece*, París, Librairie Hachette et cie, 1896.
- (5) Con diversos argumentos se ha comprobado y sobre todo con la falta del resto de la doctrina epicúrea que Lucrecio no concluyó su obra. Esta predicción, pues, se cumplió. "Que el poema no recibió la última mano del poeta y que éste no pudo haberlo editado en persona, está fuera de toda duda. Debemos la conservación del mismo a Cicerón, quien hizo publicar el legado del poeta, sin terminar, como se hallaba, probablemente por su amigo epicúreo el editor Pomponio Atico; acción tanto más meritoria, por cuanto este poema didáctico debía ser, por su contenido, muy antipático a Cicerón, como enemigo declarado del epicureísmo que Lucrecio glorificaba. Cómo Cicerón llegó a hacerse cargo del poema huérfano, escapa en absoluto a nuestro conocimiento". *Historia de la Literatura Latina*, Col. Labor, Tom. 98-99, pág. 79.

- (6) En forma semejante se expresa Empédocles:

Si por ser yo de los efímeros,
 Musa inmortal,
 te pasó por la mente en otros tiempos
 preocuparte de la mente mía,
 asísteme ahora, pues te lo ruego,
 Caliopea,
 que a sacar a luz me dispongo
 buen logos sobre afortunados dioses.

Los Presocráticos, traducción y notas de Juan David García Bacca, Colegio de México, 1943, *Poema de Empédocles*, parte tercera, III. 1.

- (7) "Por qué cantó como estaban confundidos en el inmenso vacío los elementos de las tierras, del aire, del mar y del líquido fuego; cómo estos primeros elementos dieron principio a todas las cosas y al mundo mismo tierno todavía; cómo empezó a endurecerse el suelo, y empezaron a separarse los ríos del mar y a tomar poco a poco su forma los objetos. Ya las tierras se

asombran de ver brillar de nuevo el sol, ya de ver caer las lluvias de lo alto, disipándose las nubes, ya de ver que empiezan a brotar las selvas y de que vayan escasos brutos por los montes desconocidos". Traducción de Dn. Eugenio de Ochoa. *Obras Completas de Virgilio*, Madrid, Imp. Rivadeneyra, 1869.

- (8) "¡Oh musas, dulces para mí sobre todas las cosas, a quienes rindo culto con grande amor! Acogedme en vuestro regazo y mostradme las sendas del cielo y el curso de las estrellas, y los varios eclipses del sol y los giros de la luna; cual sea la causa de los terremotos, por qué fuerza se hinchan los profundos mares, rompiendo sus barreras, y luego vuelven a su primer sosiego; por qué los soles invernales se dan tanta prisa en sumirse en el océano, y por qué son tan tardías las noches de verano". *Ob. cit. Núm. ant.*
- (9) "¡Feliz aquél a quien fué dado conocer las causas de las cosas y hollar bajo su planta los vanos temores y el inexorable hado y el estrépito del avaro aqueronte! *Ob. cit. Núm. ant.*

EPICURO Y GRECIA
LUCRECIO Y ROMA

Por deseo imaginativo es posible traer a la mente y reconstruir en ella aquel jardín que, según decir de Plinio (1), fué llevado del campo, con derecho de primacía, por Epicuro, al corazón de Atenas. Quiero detenerme en su pórtico y luego de leer "Extranjero, aquí te encontrarás bien; aquí reside el placer, el bien supremo" avanzar unos pasos y trasponer los umbrales. En este viaje, todavía atado por la sorpresa, va mi monólogo interior trayendo a cuentas los comentarios, las sentencias, las palabras, los personajes. ¡Ocho minas, apenas, pagó Epicuro para trabajar la inmortalidad de su escuela! Este pensamiento me obliga a caer en las realidades y explicaciones de tal labor y de tal jardín, aun con espaciados árboles epicureístas. Y aquí, de nuevo, la época condiciona al hombre: para explicar a Epicuro es necesario comprender su Grecia; así como para el mejor deleite *De Rerum Natura* es preciso revivir las páginas de la Roma republicana.

Alejandro había encontrado el reino que Filipo le anunciara (2). Aunque para los ojos de un historiador moderno, cuya comprensión para el alejandrino se encamine a dilucidar y a borrar una cierta sombra que ha caminado con los tiempos y alce más serenamente los ojos para encontrar la luz, para los griegos fué, de seguro, una desgracia que dos grandes hombres se sucedieran en el mismo trono (3). Las palabras de Demade "Atenas no es ya la joven guerrera de Maratón; es una viejecilla que sorbe su tizana y lleva zapatillas" merecen aclararse, pues

tras ellas otras tantas, con idéntico sentido, se han formulado acerca del mismo asunto. Es preciso realizar un análisis de lo artístico, filosófico, sociológico y científico, para abrir los horizontes del cielo griego.

Empezaré por el hombre como arteria de una sociedad. En tal sentido el hecho primordial, porque es razón de vida, lo plantea la libertad. Ella sí, verdaderamente, ya no pudo izar sus banderas. El viento, al cambiar su sendero destinado en el infinito, las arrancó, en definitiva, del corazón heleno. El sér griego, en política, así lo supongo, conforma su voluntad al recuerdo: un como ver desde entristecida llanura, a lo lejos, el resplandor de la cima. Tal voluntad, la de ser libre, como aspiración suprema, como clave de todas las heroicidades, quedó por siempre imposibilitada de alzar las murallas de nuevas resistencias y se replegó en sí misma.

Si el hombre, no como individuo sino como sangre de comunidad, oye caer, como en clepsidra trágica, los últimos momentos que le atan a la vida de los ideales, acude, en mi parecer, a materialidad grosera o a dilatada soledad. Estas fueron las puertas que se abrieron a los griegos. Así, pues, algunos levantaron sobre los altares caídos los seudo dioses del vicio o cortejaron a los grandes en turno. Otros arrastraron sus cadenas y las reposaron en vida privada.

Como consecuencia natural la gloria militar cayó con los últimos redobles. El anhelo de soldado pasó a pecho de mercenario.

Resta grave problema a nuestra consideración. Me parece que Croiset imagina, en la época que describo, un viajero recorriendo a Atenas. La desolación sale a su encuentro: natural imagen de ciudad después de haber perdido la mejor batalla. Puede contemplar los templos empolvados y el silencio en todos los lugares. Tropieza con rostros desconocidos y escucha un acento extraño en sus lenguas. Es que Alejandro había hecho a Grecia más daño que Filipo: mientras éste la subyuga aquél la dispersa. Ella había huído de Atenas. Estaba en Alejandría, en Pérgamo, en Antioquía y lo mismo en las márgenes del Nilo

que en las del Tigris y el Indo. Estaba descentralizada política, comercial y culturalmente.

Con intención mis primeras observaciones se encaminaron al aspecto sociológico, porque el arte, la literatura, la filosofía, etc. como atributos de una comunidad sufren con ésta los cambios que alteren su estructura. La creación supone donativos para los espíritus, pero tal acto, el de crear, está subsumido en el ser comunal. El hombre dentro del tiempo es mayoritario y en su educación, inconsciente o sistemática, va como el río en su cauce. Entre otros, el oficio de las generaciones es transmitir y ello va en razón directa de un tesoro prefijado. Sin embargo, las revoluciones o afirman una conquista o vuelven de revés el antiguo corazón. Si esto sucede, y Grecia lo experimentó, la sangre nueva ofrece en el presente el único alimento. No significa esto que el futuro no abra lugar a lo creado, digámoslo así, revolucionariamente. En el porvenir desembocan, por fortuna, todas las corrientes: ahí espera el hombre vigía del pensamiento.

El cambio sociológico de Grecia transforma la literatura. "De una manera general se puede decir que la diferencia esencial es la siguiente: durante el período de independencia nacional, había siempre nacido de la vida misma, de la ciudad, por lo que reflejaba muy fielmente la evolución natural: era literatura popular, tradicional, de "pleno aire". En lo futuro —Atenas era la sombra de sí misma— adviene a la vez que muy individual y cosmopolita, más sabia; no saldrá de las entrañas de la ciudad; es literatura de escuela, de cenáculo, de biblioteca, de gabinete, con menos características regionales, y que expresa sobre todo la cultura griega en tanto que es, por todo el país, afición de gentes bien educadas" (4).

Por esta cita apreciamos, en primer término, una separación en el fin literario. Las letras no servían ya para conmover el espíritu del pueblo. Lo dejaban al margen mientras recreaban a sociedades más ávidas de placeres que de alturas: ellas requieren éxtasis de los ojos. La epopeya ni siquiera debe mencionarse; la oratoria es motivo de aula. Nos queda tan solo la fina psicología de Menan-

dro y la luz inesperada de su poesía; con todo es reflejo de costumbres privadas y por tanto menos universal.

La filosofía, a su vez, gloria del genio griego, huye de las altas especulaciones. Tal parece que el cansancio de la mente griega precisaba del más completo abandono. Cambiar es, sin embargo, forma de reposo; sobre todo cuando no necesita de alas prepotentes y en Grecia no se volaba ya: se iba cuerpo a cuerpo con la tierra. Indispensable resulta señalar básica diferencia: la filosofía se materializa y lo que es materia, *aunque sea en apariencia*, está más cerca del toque de la mano.

El hombre necesita armonizarse. En la Grecia de entonces ¿cuál podía ser el remanso apropiado para tiempos en que dioses, literatura, altas especulaciones, libertad, no podían ya hablar al sentimiento?:

“¿Con qué cuentos nos vienes ahora? dice Alexis. El Liceo, la Academia y el Odeón son sandeces de sofistas, en las que no veo cosa alguna que valga la pena. Bebamos, querido Sicón, bebamos a porfía, y a vivir alegremente mientras haya medio de hacerlo. ¡Viva la broma, Manés! No hay nada tan amable como el vientre, porque es tu padre y tu madre. ¡Virtudes, embajadas, mandos, vana gloria y vano ruido del país de los sueños! La muerte helará tu cuerpo el día señalado por los Dioses, ¿y qué te quedará entonces? Lo que hayas comido y bebido, y nada más. Lo demás es polvo, polvo de Pericles, de Codro y de Cimón” (5).

De igual manera lo comprende el Pirronismo, el Estoicismo, la Nueva Academia y el Epicurismo al ofrecer el refugio moral apropiado.

Hasta este momento mis aseveraciones están muy lejos de conceder alguna ventaja al alejandrinismo. Al indicar antes que es necesario descorrer algunas nubes sombrías me queda para ello una razón filosófica y otra científica. Estas dos columnas son las únicas que pueden sostener el edificio que pretendo mantener en pie. Respecto a la primera la continuación de este trabajo, sumada a presentes sugerencias, quizás alegre un tanto el ceño frío y amargado de Grecia. La segunda, en cambio, ya que la preceden-

te muy bien puede juzgarse por inclinación, me parece indiscutible.

Pudiera serlo a la luz que una ciencia en formación adolece, vista sobre todo en los progresos de los tiempos, de errores, pero no en tanto es base y camino abierto. A esta luz la ciencia alejandrina fué y será.

Considero que, en sentido filosófico, los pueblos pasada su primera edad, crean filosofía materialista, puesto que ella aclara el mundo sorpresivo que se abrió a sus ojos. Es natural que en la búsqueda de las causas primarias, ella, como extraídas de observación elemental, adolezcan de parcialidad o de errores. El hombre tiene ante sí fuentes objetivas y la naturaleza es la más caudal. Esto que es objetivo pasa al juicio subjetivo. La verdad o falsía de él queda sujeto a comprobación, y de esta prueba de fuego pasará a la ciencia o a la historia de la filosofía. Los dioses, motivo en este trabajo de consideraciones especiales, como fuerzas casi ideales en la explicación del universo, establecen pugnas al afán materializante del hombre. "En Grecia, por lo mismo, se trata, antes que nada, de disipar las nubes de lo maravilloso y de libertar el estudio del universo del caos mitológico de las ideas religiosas y políticas, a la vez que penetrar en el terreno de la razón y la observación severas; esto no podía realizarse más que con el auxilio del método materialista..." (6).

De aquí los filósofos que desdeñados por un tiempo, habría de revivir Epicuro; no pretendo explicar el luminoso ciclo filosófico entre los materialismos que muy lejos está de mis alcances y de los propósitos del trabajo. Pero mucho puede ilustrarnos Sócrates en el *Fedón*:

"En mi juventud... oí leer a alguien en un libro, cuyo autor dijo ser Anaxágoras, que la razón es la causa y la norma de todas las cosas. Me encantó esta noción, que me pareció enteramente admirable, de suerte que me dije: si la razón es la que mejor ha dispuesto todas las cosas, las habrá dispuesto del mejor modo y habrá puesto cada cosa particular en el mejor lugar, quedando convencido de que si alguien deseaba encontrar de la generación, de la destrucción o de la existencia de cualquier cosa debía encontrarla en... lo que era

mejor para ella... Me alegré de haber encontrado en Anaxágoras un maestro que me explicaba, de acuerdo con mis deseos, las causas de la existencia, e imaginé que después de haberme dicho si la tierra es plana o redonda, procedería a... mostrarme la naturaleza de lo mejor y a demostrarme por qué es mejor. Y esperaba que si me dijera que la tierra está en el centro (del universo), me explicaría que esta posición es la mejor, de manera que quedaría satisfecho con la explicación dada y no necesitaría ninguna otra clase de causa... Pues no podía imaginar que después de haber señalado la razón como norma de todas las cosas, me diera otra explicación de su existencia excepto la de que era lo mejor... No habría vendido por nada estas esperanzas, por lo que cogí esos libros y los leí tan pronto como me fué posible en mi anhelo de conocer lo mejor y lo peor.

¡Qué esperanzas me había forjado y cuán penosa fué la desilusión que experimenté! A medida que leía encontraba que dicho filósofo abandonaba la razón o cualquier otro principio de orden y recurría en vez de ello al aire, al éter, al agua y a otras cosas absurdas... Así, uno imagina un torbellino que rodea a la tierra, la cual supone fija en el centro; otro considera que es una especie de disco sustentado por el aire. Pero ninguno de ellos hace en absoluto referencia al poder que ha dispuesto las cosas como deben ser para que sean lo mejor, y en vez de encontrar en ello una fuerza superior, esperan más bien descubrir otro Atlas del mundo más fuerte, eterno y rico que el bien. Del poder que tiene de abarcar y ligar todas las cosas nada dicen, y, con todo, éste es el principio que estaría dispuesto a admitir si alguien quisiera enseñármelo" (7).

La lectura de esto nos coloca en el cauce de una nueva filosofía. El tiempo y las circunstancias no podían, aunque era pasado inmediato y quizás por ello, alcanzar estos significados ideales y más de acuerdo podían estar con la época remota que Epicuro trae al recuerdo mezclándola a una doctrina moral más a propósito con la desorganización espiritual. La filosofía no se transforma, retorna.

Pero, particularizando, a Epicuro le interesa poco su física. Mas la moral requería apoyos, maneras de deducirse. De aquí que Demócrito, sobre todo, vuelva a la Atenas donde nadie, tiempos antes, le había conocido (8). La alianza entre filosofía y ciencia no era nueva, pero roto este pre-

cedente queda abierta la puerta de la Biblioteca-museo de Alejandría. Entrando en ella podré concluir este panorama y regresar de nuevo al jardín casi olvidado.

Omito por un momento la cronología y me sitúo en los instantes en que Ciencia y Filosofía toman sus propios derroteros. Epicuro dejaba la vida placenteramente y delante de él abierto el camino a las futuras investigaciones. Su doctrina es el puente tendido, la transición, hacia ellas; y en verdad de las más fecundas en el terreno de las ciencias positivas. El alejandrinismo se reivindica y con él los últimos momentos de Grecia. Recordemos nombres: Aristarco de Samotracia, Polibio, Euclides, Arquímedes, Manetón, Herófilo y Erasistrato, Plinio el Viejo, Galeno de Pérgamo.

—II—

En la Grecia gris que esboqué en páginas anteriores toco vivir a Epicuro. En el espacio que media entre la muerte de Alejandro y la crueldad de Antípater, pasó a Jonia al lado de los suyos; luego imparte enseñanzas en Colofón, Mitilene y Lampsaco. De este lugar proceden sus primeros discípulos. Después, exceptuando escasos viajes de ocmpromiso, se instala para siempre en Atenas. Allí ofrece el donativo de moral fácil, escuela con nombre atrayente y sin murallas:

“El término y fin de la magnitud de los deleites es el sustraerse de todo cuanto duela. En donde hubiere cosa deleitable, mientras ésta dura, no la hay que duela, o aflija, o ambas cosas” (9).

No es extraño que una escuela filosófica expanda su espíritu en los tiempos. Ya sea por la verdad de su contenido o por la necesidad del enlace histórico, vive y revive en las generaciones. El espíritu crítico avalora y desprecia. Lo apreciado, por otra parte, pierde su pureza original en los trabajos de talla. Nada, quiero decir, queda incólume en el pensamiento.

Para el caso de Epicuro mi razón anterior pierde fuerza en absoluto. El tiempo, necesitado siempre de tocar las entrañas de las cosas, parece haber respetado tal sistema y por ello nos lo entregó virginal. No pretendo incluir en esta apreciación los conceptos científicos. Aludo directamente a la doctrina moral. Un epicureísta moderno, si fuera posible el retorno, no sentiría ningún cambio si de pronto apareciera filosofando al lado del maestro y de sus discípulos.

Este trasplante puro es, naturalmente, causal. Epicuro pasó por la vida eslabonando indestructible cadena. Cada uno de sus pasos forjaron el hierro y la seda que atan en la dualidad.

La supervivencia sólo podía irradiar atrayendo los puntos hacia el centro al par que el centro corazonaba los puntos. Pero aquél no debía ser dislocado por el futuro, sino trasladarse con iguales irradiaciones: al porvenir pasó intacto el espíritu de Epicuro. Año tras año estaba presente en homenaje ingenuo, sincero, previsto:

"De las rentas que hagan los bienes que he dado a Amimomaco y a Timócrates, de acuerdo con Hermaco, tomarán la parte que se pueda, y la invertirán en sacrificios por mi padre, madre y hermana y por mí en el día de mi nacimiento, que, según costumbre, se celebra ya cada año en la primera decena de Gamelión" (10).

El curso de la vida puede traicionar, a veces, el fin de una doctrina. Al predicar moral se acentúan las probabilidades. El que ofrece luz debe saberse de antemano muy lejos de las sombras. El símbolo es presencia eterna; por ello lo simbólico debe ser puro. Esta difícil pureza, dentro de lo humano, iluminó la existencia de Epicuro: apegó su humanidad a la prédica hasta las postreras palabras. (11).

No repetiremos los consabidos ataques de sus contemporáneos. Lo cierto es que fiel a su anhelo de perpetuarse colocó la virtud sobre sus torres.

La filosofía deja de ser privilegio en la escuela de Epicuro. No hay puertas, ni edades:

"Ni el joven dilate el filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; pues a nadie es intempestivo ni por muy joven ni por muy anciano el solicitar la salud del ánimo. Y quien dice, o que no ha llegado el tiempo de filosofar, o que ya ha pasado, es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, o que ya se ha pasado" (12).

Ni condiciones ni razas: el esclavo Mus fué recordado en su testamento y el extranjero no fué tardo en aceptar la invitación que ornaba la entrada.

El afán por hacer imperecedera su doctrina le llevó a las exageraciones. Cuando analicemos el sistema sabremos cuántos préstamos hizo Epicuro a sus antecesores. Pero fiel al propósito antedicho llegó a llamarse "discípulo de sí mismo". Esta pretensión lo vestía favorablemente, aunque también fué causa para los continuados ataques de sus enemigos (13). Rehuir toda discusión ajena a su doctrina y atacar las armas de la dialéctica era una manera de salvaguardar sus particulares fines.

Comunicar una doctrina entraña, de seguro, medios didácticos. Enseñar es arte complicado que significa conservar la pureza de lo sencillo o llevar a este grado lo complicado de suyo. El lenguaje oral, como medio directo, se presta a todas las elegancias, superficialidades, erudiciones y sutilezas. Jugar con las palabras a rodeos o circunloquios representa sin duda menos esfuerzo que entregarlas en su cabal sentido y con la llaneza que cierra las salidas falsas y deja florecida la idea. En auditorios disímiles tales requisitos son la clave del éxito y en muchos casos de la adhesión. Epicuro sufrió la crítica de su forma, bien con propósito de inactiva o por aprecio al lenguaje anterior amigo de la poesía y de los recursos literarios. Los comentarios que nos restan son, sin embargo, favorables (14). Ya es razón huir de la dialéctica. Es otra eliminar toda cita de sus escritos y usar en ellos palabras de la lengua vulgar. Esto último puede ser considerado como defecto, pero fiel a la idea del futuro no corrió el riesgo de ser comprendido a medias:

"Usa en cada cosa un lenguaje muy propio y autorizado, al cual censura como demasiado propio el gramático Aristófanes. Efectivamente era tan claro, que en el libro de la Retórica nada inculca más que la claridad de los discursos" (15).

Es noticia común que después del estoico Crisipo, Epicuro fué de los escritores más fecundos de la antigüedad. Los nombres de sus obras, citados por Diógenes Laercio (16) confirman esta aseveración. No era fácil, sin embargo de ello, para escuela disímil en sus componentes aprovechar todo el contenido de varia bibliografía. Epicuro presta ayuda a un recurso mental: la memoria. Había necesidad de dar ventajas a esta facultad, puesto que grabar en ella significa repetirse con más o menos fidelidad; sobre todo si se le aplica resumen esencial, el meollo del pensamiento elaborado en larga experiencia. Gracias a este anhelo nos restan las cartas a Meneceo, a Herodoto y a Pitocles. Estos documentos guardan la insistencia de Epicuro por el fiel aprendizaje de su contenido. El pudo, suposición quizás inútil, hablar a sus discípulos de interpretación, de juicio; leamos, sin embargo, sus palabras:

"Todas estas cosas, oh Pitocles, debes tener en la memoria para poder librarte de patrañas y observar las cosas homogéneas a ellas" (17).

Y en la carta a Herodoto:

"Para los que no puedan, oh Herodoto, indagar cada cosa de por sí de las que he escrito acerca de la Naturaleza, ni estudiar libros voluminosos, hago este resumen de todo ello, a fin de darles un entero y absoluto memorial de mis opiniones y de que puedan valerse de él en las cosas más importantes, caso que se dediquen a la contemplación de la naturaleza. Aun los aprovechados en el estudio del universo deben esculpir en la memoria una imagen elemental de todo, pues más necesitamos de un prontuario general y memorial abreviado, que de las cosas en particular. Entraremos, pues en él, y lo encomendaremos repetidas veces a la memoria... (18).

A nuestra apreciación otro argumento se presenta cla-

ro y terminante: el testamento de Epicuro. La voluntad, la última frente a la muerte es, psicológicamente, voluntad suprema. El que testa está aun al amparo de la vida, pero con el pensamiento inclinado hacia la hora ineludible. El que escribe un documento previo a la desaparición trae así los más firmes deseos, los anhelos más caros, sus sentimientos más constantes e imperecederos. Hay causa de ideal y de amor en las palabras póstumas. Las posesiones materiales se recuentan y se dan con el pensamiento de un fin casi alegre, semi-halagueño.

Epicuro en su testamento prevee sobre todo el legado espiritual. Sus posesiones, en verdad escasas, adquieren valor inusitado unidas al anhelo del alma. Tal nos parece que su jardín debería trasladarse a tierra interior para lograr en ella eterna floración. Hermaco "que había envejecido filosofando con él" recibe el problema del tesoro, engrandecido en el propósito de fines inmortales. En los límites de aquellas propiedades debería resguardarse la fiel familia filosófica:

"La casa que tengo en Melite la entregarán Animomaco y Timócrates a Hermaco para habitarla durante su vida, y los que con él filosofen" (19).

En iguales condiciones hereda su jardín.

Creo que mis anotaciones anteriores prueban, con argumentos varios, el anhelo de Epicuro por la perpetuidad de su escuela. Podría alegarse, y no sin razón, que el futuro es supuesto que mueve a preocupaciones y por tanto su aceptación significaba desliz dentro de la doctrina. Con todo, tal vez con el predominio de la idea que expresamos antes, Epicuro no acabó de negarlo:

"Se ha de tener en memoria que lo futuro ni es nuestro, ni tampoco deja de serlo absolutamente: de modo que ni lo esperemos como que ha de venir infaliblemente, ni menos desesperemos de ello como que no ha de venir nunca" (20).

La inmortalidad, por otra parte, atacada con firmeza

en la escuela se limita nada más. —recordemos en el capítulo dos de este trabajo lo que de sí mismo dice Lucrecio —a la esperada después de la muerte—. La que el hombre concede y guarda en la mente entra con claridad en los planes del filósofo:

“Estas cosas y otras semejantes deberás meditar continuamente, día y noche contigo mismo y con tus semejantes; con lo cual, ya duermas, ya veles, nunca padecerás perturbación alguna, *sino que vivirás como un dios entre los hombres*; pues el hombre que vive entre bienes inmortales, *nada tiene de común con el animal mortal*” (21).

Esta labor por el mañana de su doctrina fructificó en todas sus semillas: rara vez se vió desertar a discípulo suyo de las filas; y nadie, sin ser calificado de blasfemo, tocó la integridad de las ideas. Hasta aquí las razones de una escuela y las columnas de su edificio. Antes de indicar lo que guarda el interior daremos salto de siglos. Esto con el propósito de establecer un paralelo. Conocemos ya a Grecia y a Epicuro. Conozcamos ahora, en otro sentido de los tratados, a Roma y a Lucrecio. Lo que equivale a decir al epicureísmo dentro de Roma.

—III—

La historia nos demuestra que toda doctrina materialista obra como factor disolvente dentro de una sociedad. Ello tiene, por lo demás, razones naturales. El hombre arraiga en sí las creencias y tiene el morbo de lo sobrenatural. Nada fácil es, por consiguiente, llevarlo a la causa de las cosas cuando ellas han sido de otras maneras explicadas y aceptadas. Más que en lo físico, en lo moral el sér humano se acomoda de tal manera a un grupo de principios que por convencimiento o por inercia alimentá y acrece en su interior. Sólo una labor lenta y condicionada por la época le hace salir de un refugio para entrar en otro. Todo sistema nuevo o simplemente renovado, al tiempo que con-

quista adeptos ve sus filas atacadas por soldados de otras causas. Las guerras intelectuales preparan, como sabemos, lo mejor y lo peor de su armamento. Lo noble y lo mezquino, el valor y el subterfugio salen de su trincheras. Por ello mismo Epicuro no escapa limpio a la consideración de la posteridad inmediata. Su nombre arrastra todo el lastre acumulado en torno a su personalidad. A Roma llega en oscuro viento al par que el aire más pleno del Estoicismo.

Aunque algunos pensamientos huelgan cuando ya el tiempo ha demostrado lo contrario, creo que en condiciones distintas a las de la República, desde el punto de vista moral, el epicureísmo nunca hubiera tocado, ni siquiera superficialmente, el corazón de los romanos. Por naturaleza, aun antes de los nombres y de las clasificaciones, este pueblo era estoico por tradición. Nombres quedan, en todos los tiempos, defendiendo tan antigua gloria. Sombras parecen florecer en estas consideraciones. "De todos los pueblos de la antigüedad, el pueblo romano fué quizá el que desde su origen se mostró más opuesto que otro alguno a las ideas materialistas; su religión estaba profundamente arraigada en la superstición y toda su vida política estuvo dominada por fórmulas supersticiosas; se mantenían las costumbres tradicionales con obstinación extremada; el arte y la ciencia tenían pocos encantos para los romanos y el estudio de la naturaleza les atraía mucho menos todavía; la tendencia práctica de su vida se acusa en todos sus actos y, esta tendencia misma, lejos de ser materialista, era espiritualista por lo general; preferían la dominación a la opulencia, la gloria al bienestar y los triunfos a todo; sus virtudes no eran las de la paz, ni las de la industria emprendedora, ni las de la justicia sino más bien el valor, la perseverancia y la sobriedad; los vicios de los romanos no fueron, en los orígenes, ni el lujo, ni el deseo de los placeres sino la dureza, la crueldad y la perfidia; el talento organizador, unido al carácter guerrero, se debió la grandeza de Roma, grandeza de que tuvo conciencia y de la cual estaba orgullosa; desde su primer contacto con los griegos manifestó su antipatía contra el pueblo helénico, anti-

patía que resultaba de la semejanza del carácter de las dos naciones y que había de durar muchos siglos" (22).

Este comentario nos da a todas luces el resumen del pueblo romano. En las luchas de la República no es ya, sin embargo, el mismo pueblo: tal parece que otro espíritu, embriagado, cambiará el curso de la carrera con metas definidas. Hay una vuelta total: como el desplome, por su propio peso, de cielo constelado, para dar espacio a recargadas nubes de nebrura.

En este estado el materialismo, el innoble, hace presa de las almas. Los términos placer y deleite —tan epicuristas— se conjugan con los peores vicios. Estos pueden ser matizados, aparecer rodeados de razonamientos. En Roma se les mezcla al nombre de Epicuro. Por lo mismo ser adepto de su escuela significó ser amigo de la peor de las causas. Este triste significado no extrañaría en mentalidades bajas, pero aun aquéllos que sobresalieron con la felicidad de su ingenio menospreciaron, a pesar del conocimiento teórico de la doctrina, la realidad de la escuela. Así Horacio se llamará "puerco de la pira de Epicuro".

Estos falsos discípulos, conscientemente, preparan los ataques de las otras sectas filosóficas. El talento de Cicerón, aunque a veces se presenta como velado defensor, se ocupa en varias de sus obras, de contribuir al menoscabo de la doctrina epicúrea:

"Resta la cuarta parte, que consiste en la decencia, en la moderación, en la modestia, en la continencia y templanza. ¿Podría hallarse alguna cosa útil que se oponga a este coro de tales virtudes? Los discípulos de Aristipo, que se llaman cirenaicos o anicerios; colocaron en los deleites el sumo bien, en cuanto fuese causa eficiente de ellos: pero decaídos éstos, florece ahora Epicuro, que es como el promovedor y autor de esta sentencia. Con éstos, pues, hemos de mantener nuestro campo de batalla, si estamos determinados a guardar y defender la honestidad" (23).

Este preámbulo no demerita las certezas del sistema en su totalidad. Fieles al propósito de establecer un paralelo y advertido el campo griego, en el cual tocó trabajar a Epi-

curo, recordemos que Roma, aunque no en la decadencia, vital aun, en muchas de sus sombras el espectáculo social era semejante. El vicio romano fué consecuencia de la embriaguez provocada por sus triunfos; el de Grecia por su agonía. Mas en ambos casos, rotos los frenos, la turbación espiritual, según su poder, se evade, respectivamente, o bien al mar alzado o al remanso de una doctrina moral. Por lo mismo hombres hubo que conservaron su entereza: sirvanos Atico, Lúculo, y quizás el mismo Sila en su incomprendible abdicación. Ello puede acaso apoyarnos en la idea que, a más de los conocidos, sin duda muchos encontraron en el real epicureísmo, lo mismo que otrora el griego, el extranjero y el esclavo. Y sin duda, también, aquella preparada inmortalidad, permaneció immaculada en estos últimos. El espacio sombrío abierto por los falseadores podía tachonarse de luces intocadas. Y he aquí a Lucrecio deteniendo muy alto la más luminosa.

Acaso baste el temperamento o la dirección de nuestra inteligencia para la filiación en una escuela. Echando mano de las suposiciones, inspirados en Martha; creo que Lucrecio sufrió en propia carne las turbaciones de la juventud. Parece que su mente guardó no sólo huellas de pasados errores, sino un vivísimo grabado de la vida, de los sacrificios a dioses insaciables, de los desbordes materiales. Por ello nos parece que Epicuro mismo se encarcelara de nuevo en Lucrecio, poetizándose. Hay algo más que doctrina fidelísima en su obra: hay presencia de sufrida humanidad. A cambio de menos espíritu sectario posee más ardor. Casi podríamos decir que en él palpita un Epicuro rejuvenecido muy dueño de su sangre y de sus nervios. Ahora podemos imaginar, para segundo apoyo del paralelo, a uno frente a Grecia y a otro frente a Roma. Y con exagerada exactitud sólo podemos decir frente a Roma, puesto que el poeta romaniza al filósofo. El esqueleto doctrinario viste carne latina. Por ello *De Rerum Natura* está sellada con siete sellos de características romanas. En su misma universalidad puede palpase dicho ánimo.

Aunque Epicuro prologue los estudios de Alejandría, sabemos que a él interesa lo físico sólo como medio para

sentar los principios de su moral. De todas suertes las consecuencias, como quedó indicado, de revivir el sistema de Demócrito, en especial, preparó uno de los períodos más fértiles de la investigación científica. Igual destino había de tocar a Lucrecio en Roma. Veamos como.

Para este último el sistema físico no era menos importante que el moral por razón de medio. Esta requiere, transformada en sistema, sobre todo inclinación subjetiva. Por otra parte cohabita con el hombre. En Roma, de acuerdo con lo indicado, podía ser discutida, rechazada o aceptada la doctrina de Epicuro. Pero en cuanto al planteamiento de causas explicativas del universo, representaba a todas luces una novedad, por la simple razón que las ciencias físicas y naturales no eran conocidas. De aquí el desbordado entusiasmo de Lucrecio por las explicaciones del mundo. Su fe, como toda otra, no discierne ni critica. Acepta y nada más.

Hay varios hechos que pueden demostrarnos tal ignorancia. Por ejemplo los cuadrantes solares fueron conocidos en Roma, al decir de Plinio, en tiempos de la primera guerra Púnica. Para esa época su uso entre los griegos era muy antiguo. Otra diferencia notable es la siguiente: Alejandro a medida que conquistaba tierras apresaba las curiosidades de la misma. El proporcionó a Aristóteles material suficiente para escribir cincuenta volúmenes sobre los animales. Los jefes romanos aprovechaban la fauna extraña para exhibicionismos de circo. Si lo anterior no fuera suficiente no encontramos en Roma los afanes, a pesar de sus visibles errores, de Thales, Anaxímenes, Anaximandro, etc.

Lucrecio empezó, precisamente, en forma contraria al tiempo de morir Epicuro: uniendo la ciencia con la poesía. Pero en este deseo comparativo bueno es recordar que en Grecia el proceso fué el mismo. Los primeros filósofos y muchos de sus continuadores poetizan las causas de la naturaleza.

Pienso que en esta novedad y en esta unión se puede encontrar parte del éxito poético de *La Naturaleza de las Cosas*. He leído que algunos de los comentaristas de Lucre-

cio calculan el valor poético de la obra en razón directa de la dificultad temática. Yo creo, en cambio, por lo indicado antes, que para nuestro autor, enamorado y poseído del sistema epicúreo, los escollos no existían, una vez que su alma estaba tan perfectamente armonizada con la concepción del mundo. La imagen significa posesión de otros atributos al servicio de aquello que debe ser expresado por natural necesidad.

En Roma nunca habría de llegarse a los triunfos de Grecia en los estudios científicos. Aquélla queda en la aurora mientras ésta se coloca en el medio día. Cuando Epicuro revive el anhelo por la ciencia la vocación de las mentes fructifica en luces altas. El amanecer trabajado por Lucrecio —sus libro es “el monumento más antiguo de la ciencia en Roma”— quedará estacionado en cuanto a la madurez luminosa aun cuando no en la profusión de los reflejos.

Ovidio en las *Metamorfosis* trata asuntos científicos. En los *Fastos* exclama exaltado:

“Felices animos, quibus haec cognoscere primis
inque domos superas scandere cura fuit!” (24)

Propercio y Tibulo, muy lejos de la ciencia, no escaparon a ser tocados por sus difíciles encantos. Estacio, a su vez, traza un programa de asuntos naturales (25).

Creo que hay ya motivos suficientes para este fervor:

“¿Quién puede cantar dignamente con inspirado estro en honor de tales asuntos y de investigaciones tales? ¿Quién tiene bastante elocuencia para expresar los elogios que merece el esclarecido genio del que nos enriqueció con dones tan preciados? Nadie, pues creo que yaron tan ilustre no tuvo mortal naturaleza y todo el que aprecie la sublimidad de su obra sin duda habrá de exclamar ínclito Memmio: un dios fué, un dios el que descubrió las causas de la vida cuyo conocimiento se llama ahora sabiduría, el que por arte propia separó nuestra existencia de las agitadas olas y profundas tinieblas que la rodeaban y la transportó a mar sereno por clara luz iluminado” (26).

NOTAS

- (1) "Primus hoc instituit Epicurus otii magister. Usque ad eum moris non fuerat in oppidis habitari rura". (Plinio, *Hist. Nat.*, XIX, 4).
- (2) "Busca, hijo mío, le dijo, un reino igual a ti, porque en la Macedonia no cabes". *Vidas Paralelas*, Selección y Prólogo de Juan David García Bacca; trad. de Antonio Ranz Romanillos, Bib. Enc. Popular, núm. 60, pág. 34.
- (3) *Historia de los Griegos*. (Desde los tiempos más remotos hasta la reducción de Grecia a provincia romana), por Victor Duruy. Traducida por Enrique Leopoldo de Verneuil. Montaner y Simón, editores. Tomo III.
- (4) C. y M. Croiset, *Histoire de la Litterature Grecque*. Tomo V, págs. 2 y 3.
- (5) Pieza de la Comedia Media.
- (6) A Lange. *Historia del Materialismo*. Traducción de Dn. Vicente Colorado. Daniel Jorro, editor. Madrid, 1903. Tomo I, Cap. I, pág. 39.
- (7) Platón, *Fedón*, 97b-99c.
- (8) "Vine a Atenas, mas ni uno solo me reconoció". *Pensamientos de Demócratas*, 116. *Los Presocráticos*; traducción y notas de Juan David García Bacca. El Colegio de México, 1944.
- (9) *Los Diez Libros de Diógenes Laercio* traducidos de la lengua griega e ilustrados con algunas notas por D. Josef Ortiz y Sanz; tomo II de la Biblioteca Clásica, volumen XCVIII.—Madrid. Librería de Perlado, Paez y Ca., 1922. *Epístola a Meneceo*, 103-3.

- (10) Obra cit. núm. ant.: 240-12.
- (11) "Estando ya para morir, escribí a Idomeneo la carta siguiente: Hallándonos en el feliz y último día de mi vida, y aun ya muriendo, os escribimos así..." *Ob. cit. de Diog. Laer.* 242-15.
"Adios y recordaos de mis dogmas"
Esto dijo Epicuro a sus amigos
En el postrer aliento. (239-10).
- (12) *Ob. Cit.* de Diog. Laerc. *Epicuro a Meneceo*, 91.
- (13) "Comme écrivain Epicure a été jugé sévèrement en général par les anciens. Lui-même paraît avoir dit qu'écrire n'était pas une gran affaire. Les juges les plus favorables comme son biographe Diogene Laerce, ne trouvent guere a louer dans son style que la clarté. Ciceron lui refusé jusqu'a cette clarté même (*De Divin.* II, 4, 12 et II, 6, 18; *De Nat. Deor.* I, 31, 85). Deny d'Halicarnasse, étudiant les différentes sortes de style, écarte dédaigneusement d'un mot Epicure et les Epicuriens, comme étrangers a tout art de style (*Arrang.* des mots, c. 24). D'autres parlent de sa lourdeur, de son défaut d'harmonie et de pureté". *Ob. cit. núm.* (4).
- (15) *Ob. cit.* de Dióg. Laercio.
- (16) 37 libros. De la Naturaleza, De los átomos y del vacuo, Del amor, Epítome de los escritos contra los Físicos, Sentencias Selectas, De las Sectas, De las Plantas, Del Fin, Del Criterio o Regla, De la Santidad, cuatro libros De las Vidas, De las obras justas, etc., etc.
- (17) *Ob. cit.* de Dióg. Laer. *Epicuro a Pitocles*, 282-86.
- (18) *Ob. cit.* de Dióg. Laer. *Epicuro a Herodoto*, 248-27.
- (19) *Ob. cit.* de Dióg. Laer. 240-12.
- (20) *Ob. cit.* de Dióg. Laer. *Epístola a Meneceo*, 94.
- (21) *Ob. cit.* de Dióg. Laer. *Epístola a Meneceo*, 100.
- (22) *Ob. cit.* núm. (6), *Cap. V, tomo I, págs.* 150-51.
- (23) *Los Oficios* de Marco Tulio Cicerón, trad. de D. Manuel Valbuena, Biblioteca Clásica, tomo LX, Madrid; Luis Navarro, editor. *Nota en el lib. III, Cap. XXXIII.*
- (24) I, I, 297.
- (25) Propercio: Tum mihi naturae libeat perdiscere mores...
Tisiphones atro si furis angue caput...
An ficta in miseris descendit fabula gentes
En timor haud ultra quam rogus esse potest...

(*Lib. II, 5, 25-48*).

Tibulo: Alter dicat opus magni mirabile mundi...

(*Lib. IV, 1, 18*).

Estacio, *Silvas, V, 3, 19*.

(26) *De Rerum Natura*, Libro V, versos 1 y sigs.

LA DOCTRINA FISICA

"Felix qui potuit rerum cognoscere
causas..." (Virgilio, *Geórgicas*, Lib.
II, v. 490).

—I—

En consideraciones anteriores hice ver que, respecto a Epicuro, la doctrina física resultaba, hasta cierto grado, mero pretexto para sentar su sistema moral. En todos casos la unión que él establece entre ambos resulta indestructible. Los temores del hombre provienen de aquello que se le presenta inexplicable. Desentrañar al universo sus secretos, entregando causas y efectos, es manera de liberarlo de sí mismo. Para Lucrecio, como también hice notar, los atractivos de lo moral y de lo físico, ocuparon iguales posiciones. Por esta circunstancia no es nada extraño encontrar la moral repartida en el total de los libros. Es verdad que en cada uno de ellos hay propósitos que descuelan sobre los otros. Así, verbigracia, el libro primero combate por la teoría física la superstición religiosa al par que nos deleita con el poético *Canto a Venus*. Para mi deseo de comentarista las separaciones pueden ofrecer, quizás, un plan que gane en método aun cuando pierda en fidelidad. Por ello haré, y valga la impiedad, los cortes que me conduzcan al anterior deseo. Por lo mismo trataré lo relativo a religión, alma, muerte e inmortalidad de modo especial. Creo, en otro sentido, que el desenvolvimiento preliminar de

los conceptos físico-centrales, apoyarán de antemano las páginas sucesivas. En lo posible, valido unas veces de textos propios y otras de reproducciones en comentarios, trataré de enseñar las fuentes primeras del sistema con la oportunidad que lo permita la exposición.

—II—

“De la nada no procede cosa alguna; nada de cuanto existe puede ser aniquilado; todo cambio no es más que agregación o disgregación de las partes”. (Demócrito) (1).

“Conocidas estas cosas, conviene ya ver las ocultas. Será lo primero que nada se hace de nada o de lo que no existe; pues de lo contrario, todo nacería de todo sin necesitar semillas. Y si lo que se corrompe no pasara a ser otra cosa, sino a la no existencia, ya todo se hubiera acabado”. (Epicuro a Herodoto, 250-29).

“Es necesario que el terror y las tinieblas del alma se disipen, no por los rayos del sol ni por los dardos luminosos del día, sino por la contemplación de la naturaleza. Este es el principio que pondremos como fundamento: Ninguna cosa nace de la nada por influencia divina”. (Lucrecio) (2).

Creo ver a Lucrecio, para desenvolver este primer principio, con los ojos muy abiertos buscando razones y más razones en la naturaleza y en las cosas para dejarnos plenamente convencidos de él. Bastaría para seguir al poeta en sus explicaciones, mirar a diestro y siniestro aquello que no es sorpresa sino, apenas, sucederse cotidiano.

Hasta cierta infantilidad podría intervenir al traer a nosotros una y mil preguntas: ¿por qué el árbol que entrega similar cosecha no al mismo tiempo nos regala otros frutos en sus ramas? ¿por qué los hombres no nacen en el mar y los “seres cubiertos de escamas” en la tierra? ¿por qué vemos florecer cada naturaleza en estación propicia? Y es que cada cosa necesita de su particular semilla y ésta

una condición para despertar a la luz (3). De otra manera el universo sería un estupendo desorden y todo procedería de todo:

“...¿por qué no ha podido la naturaleza crear hombres capaces de atravesar los mares a pie, de arrancar con sus manos las ingentes montañas y de sobrepasar repetidas veces la duración normal de una vida humana? Pues porque a cada cosa que se produce *le está señalada una manera determinada*, de la cual se forma cuanto es susceptible de nacer”. (Lib. I, v. 199-204).

Esta materia, secreto de identidad, es, además, fuerza de transformación. Los seres no desaparecen, aunque a veces, ante nuestros ojos, huyan tan imperceptiblemente que se parezcan a la ausencia. La naturaleza sólo descompone esta materia cuyos elementos gozan de atributos de eternidad. Ellos, por consiguiente, volverán, por propia afinidad, a la creación de seres semejantes. Sino

“El tiempo infinito y los días pasados deberían haber consumido ya todo lo que es de substancia mortal”. (Lib. I, v. 232-233).

Lucrecio, fino observador, deja lugar a la absoluta destrucción: si sus fuerzas superan a la contextura de la materia “insinuándose por los espacios vacíos” y divorciando los componentes.

Aun para lo que desaparece hay ley de compensación. Por medio de ella se cumplen funciones vitales. Parafraseemos: La lluvia al humedecer las entrañas de la tierra es absorbida por sus labios, pero los verdes engalanan los árboles; el pasto renovado es descanso y fuente láctea en las ubres y hay alfombra de hierba para el juego de las crías inexpertas en el paso:

“Nada, pues, de lo que parece morir perece del todo, porque la naturaleza rehace unas cosas por medio de otras, y no consiente que nazca ninguna si no es con la compensación de la muerte de otra” (Lib. I, v. 262-264).

Nuestros sentidos penetran hasta ciertas distancias. Para los ojos hay límite de visibilidad. Por ello hay elementos que escapan a nuestro alcance. Esto podría conducirnos a la negación. Sin embargo los hechos nos prueban su existencia. Los vientos "émulos de los grandes ríos" en el espacio, pueden acarrear la fuerza indestructible y el movimiento desbordado. Con todo, muy lejos está de nuestra apreciación su contextura corpuscular. Mismo caso es el de los olores, las emanaciones del calor, la evaporación, el desgaste de los cuerpos. No distinguimos, tampoco, los corpúsculos que ganamos para crecer y los que perdemos cuando llegamos a la senectud:

"La naturaleza, actúa, pues, por medio de moléculas invisibles". (Lib. I, v. 328).

*
* *

"*Átomos, compacto, gran vacío, separación por división, configuración, disposición, dirección, dispersión esférica, remolino*" (Leucipo) (4).

"Por la ley hay color, por la ley hay dulzor, por la ley hay amargor; pero por la realidad de verdad hay átomos y vacío". (Pensamientos de Demócrito, 125).

"Si no hubiese el que llamamos vacío, el lugar, y la naturaleza intocable, no tendrían los cuerpos adonde estuviesen, ni por donde se moviesen, como es claro que se mueven". (Epicuro a Herodoto, 250-29).

"Existe un espacio, vacío, libre. Si no lo hubiese, las cosas no serían susceptibles de moverse, pues su propiedad, que es obstaculizar y hacer resistencia, se encontraría siempre y por doquiera". (Lucrecio, Lib. I, v. 334-338).

El principio del vacío es de los que, en el sistema, han quedado indestructibles. Su concepción ha permitido explicar al universo en su eterno movimiento. No quiero afir-

mar que no adolezca, en algunas partes, de errores, pero en lo fundamental es ley inevitable.

Analicémosla. Si todas las cosas estuviesen hechas de materia sólida el mundo gozaría de absoluta inmovilidad. Nos parecería como una caja en cuyos límites piezas perfectas se apretaran; al grado que, en tal cárcel, la inmovilidad de todas dependieran de cada una. La creación, en este estado, resultaría imposible, porque la materia no tendría la oportunidad de ir a componer nuevos cuerpos; oficio esencial de ella como quedó anotado en lo precedente.

Por el contrario la simple observación nos comprueba, en mayor o menor proporción, el movimiento de los seres. Todos los elementos se agitan de maneras diversas Particularizando, Lucrecio habla del vacío en cada cosa. Por sólida que ella parezca posee intersticios:

“El agua penetra a través de rocas y cavernas, de las que, como lágrimas destilan gotas abundantes. El alimento se reparte por todos los cuerpos vivos. Crecen árboles y dan su fruto en la estación oportuna, porque desde sus profundas raíces difúndese la savia por todas partes a través de troncos y ramas...” (Lib. I, vs. 348-353).

Un vacío que existe de antemano es el tema concreto de Lucrecio. Con nuevos ejemplos refuta observaciones contrarias a este principio. Si los peces se desplazan en las aguas, no es porque ellos abran o dejen vacíos en su movimiento, sino tan solo, porque viene a ocupar espacio ya existente. De igual manera explica la expansión del aire al separarse dos cuerpos planos.

Con estos razonamientos se puede concluir que, excluyendo por ahora lo que escapa a nuestras sensaciones, de lo grande a lo ínfimo, si son tocables, deben totalizarse dentro de los cuerpos; mas si “no pueden impedir que otro objeto pase a través de sí, entonces vendrá a ser esa cosa vacante y libre que llamamos vacío”. Lo que no puede clasificarse dentro de estas dos existencias será accidente de ellas.

*
* *

"Nada sucede fortuitamente, sino que todo tiene su razón y su necesidad". (Demócrito) (5).

"De los cuerpos, unos son concreciones y otros son cuerpos simples de que las concreciones se forman" (Epicuro a Herodoto, 250-29).

Exceptuando al hombre para quien el mundo fué creado por Dios, como unidad y esencia de todo; para quien toda explicación converge hacia tal Sér, las demás concepciones están repartidas de las más múltiples maneras. Es, además, afán imperecedero seguir elucubrando acerca de las causas primeras. Los razonamientos, las pruebas, van y vienen como diversos afluentes del mismo río, pero cuyas aguas han pasado por diversos climas. La eterna duda de éstos quizás siga remontando los siglos tal y como hasta ahora los han venido remontando el curso de las ideas sin que los tiempos hayan conformado las disimiles concepciones. Después de todo el hombre promueve el progreso en cuanto es una duda frente a los misterios. De otra manera los pueblos serían esclavos del mismo tiempo, y respecto a éste podemos hablar en plural.

El principio de todo es para Lucrecio, la materia como causa de lo sólido. La solidez, sin embargo, es relativa, puesto que elementales observaciones nos comprueban que las mejores contexturas aceptan la destrucción:

"El rayo celeste atraviesa como el grito o la voz los muros de las casas; abrázase el hierro en el fuego; saltan los peñascos bajo la acción del vapor hirviente y feroz; la rigidez del oro ablándase con el calor y se funde..." (Lib. I, v. 489-493).

Al admitir Lucrecio el vacío aun en los cuerpos sólidos, acepta de antemano la destructibilidad. Los versos anteriores argumentan en tal sentido. Necesario era, pues, considerar que los cuerpos primarios guardan independencia absoluta del vacío. Esto los salva de muerte total y les da la característica de semillas. Ellos deberían ser para Lucrecio de inmortal naturaleza:

“Por tanto, si los cuerpos primarios son sólidos y sin vacío, como lo he probado, su condición de eternos es, en consecuencia, necesaria”. (Lib. I, vs. 511-515).

Sólo, de esta manera era posible explicar el génesis. Fiel, sin embargo, a no dejar huecos en el sistema, habla de edades en los elementos primarios. Llegada ésta no desaparecen “porque nada vuelve a la nada”, sino proporcionan lo indispensable para nuevas creaciones. Pero así como el sol llega cada día a su cenit, también los seres tienen sus momentos de cima. Si la destrucción fuese extemporánea y caprichosa no sabríamos o no tendríamos noticia de los momentos culminantes. Pero

“Que la naturaleza, por el contrario, ha fijado límites a la destrucción es evidente, pues vemos que cada ser se renueva y que para cada especie existe un espacio de tiempo dentro del cual le es dado alcanzar la flor de su edad”. (Lib. I, vs. 560-64).

El mundo, ante tales argumentos, va de lo sólido a lo blando y no al contrario, pues admitido el vacío en los cuerpos, aunque negado en los primarios, aquéllos pueden pasar a la blandura; verbigracia el agua, el viento, la tierra, los vapores, etc.

Los elementos primarios son únicos en su esencia. Son semillas de algo y para algo. Esto nos explica las generaciones y las características que, en el tiempo, reproducen las especies.

*
* *
*

“*Aun el universo es infinito e ilimitado*: porque lo que es limitado tiene término o extremo: el extremo se mira por causa de otro: así, lo que no tiene extremo tampoco tiene fin; lo que no tiene fin es infinito y no limitado. El universo es infinito, ya por la muchedumbre de estos cuerpos, ya por la magnitud del vacío: porque si el vacío fuese infinito y los cuerpos finitos, nunca estos cuerpos reposarían, sino que andarían dispersos por el vacío infinito, no teniendo

quien lo fijase y comprimiase en sus choques y percusiones. Si el vacuo fuese finito y los cuerpos infinito, no tendrían estos cuerpos infinitos adonde estar". (Epicuro a Herodoto, 250-30).

Admitido el vacío queda solamente la incógnita de su finitud o infinitud. El ejemplo de la flecha lanzada en forma supuesta de la extremidad espacial, sirve a Lucrecio para conducirnos al concepto de lo ilimitado. Con toda claridad nos presenta luego el problema del universo limitado: entonces la materia se precipitaría y quedaría en las profundidades como masa informe. A esto se une la necesidad del movimiento. Nada permanece inactivo sino en perpetua celeridad: ésta es atributo de los elementos creadores" y el infinito suministra incansable los elementos activos de la materia".

Las semillas primarias no han sido colocadas en el vacío de acuerdo a orden preconcebido ni por el gobierno de "inteligencia sagaz". Muy al contrario: rodando por la inmensidad, en su propio desorden, —movimientos, choques, combinaciones—, han encontrado su adecuada colocación y la actividad motora conveniente. Si el espacio fuera finito consigo llevaría, en propia entraña, el agotamiento, y acaece lo opuesto: el mar se atesora de ríos renovadores; la tierra y el sol, conjugados en sus atributos, levantan las cosechas; los seres animados sostienen las generaciones.

*
* * *

"El número de los átomos es infinito y sus formas de una diversidad infinita también; cayendo al través del espacio inmenso los más grandes, cuya caída es más rápida, chocan con los más pequeños; los movimientos laterales y los torbellinos que de esto resultan, son el principio de la formación del mundo". (Demócrito) (6).

"Es también preciso tengan los átomos igual velocidad cuando son llevados por el vacuo sin chocar con nadie, pues suponiendo que nada encuentran que les obste, ni los grandes corren más que los leves, ni los menores más que los mayores, teniendo todos su

conducto conmensurado o proporcionado, y no hallando tampoco quien les impida ni el llevamiento o movimiento superior, ni el oblicuo por los choques, ni el inferior por los pesos propios". (Epicuro a Herodoto: 259-42).

Lucrecio nos ha iniciado en los principios genésicos de la materia, pero los cuerpos, en su variedad infinita, merecen trato separado.

El movimiento tiene el secreto original de ellos. Si a ojos vista se desgastan y envejecen, y tales particularidades huyen a nuestra mirada, es porque las partículas se incorporan a nuevas masas, que entonces, llegan al florecimiento para decaer de idéntica manera. Todas las especies, en esa forma, se acrecientan y disminuyen sin desaparecer, así "como los corredores en las fiestas atenienses se pasan de mano en mano la antorcha de la vida". (Lib, II, vs. 78-78).

Todo reposo se excluye de antemano en el sistema. Aceptado el vacío y la infinitud es preciso que vaguen las semillas, choquen unas con otras, reboten, sin que nada las detenga.

Los choques, de acuerdo a solidez o blandura, provocan un espacio más reducido o más ancho respectivamente. Entre los primeros el hierro y la piedra pueden ejemplificar; para los segundos el fluido aéreo y la luz. Hay, sin embargo, corpúsculos reacios a la combinación, siempre agitados, formando especies de ejércitos en combate. Si vemos, verbigracia, haz de rayos solares en la oscuridad, advertiremos lo indicado sobre tales corpúsculos. Ellos tienen, con todo el secreto de la fuerza motora de otros más pesados. Son, por decirlo así, el germen del movimiento. Llamados átomos tienen, en sus choques, la fuente de la energía. Cuerpos menos sutiles retardan su marcha para llegar a nosotros. Muchos y variados obstáculos deben vencer en su carrera:

"En cambio los átomos, dotados de una simplicidad sólida y primordial, no tropiezan, al moverse en el vacío absoluto, con ningún obstáculo externo; como sus diversas partes forman un todo único,

se ven arrastrados irresistiblemente hacia el mismo término de su primer impulso". (Lib. II, vs. 157-160).

Con poesía magnífica donde esplenden con vigor sus símiles, Lucrecio nos habla de la innovación epicúrea de la declinación (clínamen). Los átomos, en su caída, se apartan de la línea vertical. Aunque la realidad nos diga lo contrario, no hay ojo capaz de negar si ellos sepáranse o no de la plomada. En la doctrina moral el clínamen ofrece detallados motivos de comentario, porque la libertad individual radica, para los epicureístas, en esta libertad de movimientos ajenos a choques y caídas.

El orden del universo es inalterable para Lucrecio. No existen fuerzas capaces de modificarlo y dislocar sus movimientos. El fallo de los sentidos está muy lejos de ser definitivo es cuanto a esto. Lo que ellos dijeran sería apariencia de reposo y nada más:

∴¿Cuántas veces en los montes no van las ovejas de acá para allá mordisqueando los sabrosos pastos, atraídas hacia aquellos sitios donde las hierbas rebrillantes de rocío las invitan? ¿Cuántas no juguetean, saciados ya, los corderos, y triscan inocentemente? Y sin embargo, desde lejos su conjunto se nos aparece confuso y como que su blancura se esfuma y confunde con el verde color de las colinas". (Lib. II, vs. 317-322).

Para explicar la diversidad de las figuras corporales, en bellas tiradas de versos, nos lleva al cielo, a la tierra y a todas las aguas. Acude al instinto maternal que olfatea las huellas del hijo inmolado o perdido. Nos lleva, en resumen a la finidad que apresa los cuerpos y las almas:

"tal es el empeño conque busca lo suyo y reclama lo que le es bien conocido". (Lib. II, v. 366).

Como la materia es ilimitada, "sin fin ni total", muy lejos está de los moldes. Sus contornos, por consiguiente, se configuran multiformes.

Y aquí, idea de Martha, Lucrecio trata a sus átomos

con el cuidado que Homero a sus héroes. De uno en otro ejemplo nos habla de los corpúsculos "ganchudos o enredados" del aceite; tienen constitución ligera y redonda los que agrandan a nuestro paladar; aquéllos que lo hieren "recurvada como punta de anzuelo". Los sonidos armoniosos "que con sus hábiles dedos arranca el músico a las dormidas curvas de la lira" tienen principios de suavidad y ligereza. En aspecto contrario están los desafinados chirridos. Gran diferencia hay entre el olor de cuerpo incinerado, los azafranes de Cilicia y los perfumes de Arabia. Otros cuerpos participan de dos caracteres opuestos, pues al par que nos agrandan pueden producir heridas.

Los principios que configuran los cuerpos no son ilimitados. Más bien lo son las combinaciones que de ellos surgen. De otra suerte los encuentros en el espacio infinito serían imposibles. La suma corta de ellos permite la generación: (7)

"¿De dónde, por dónde, con qué fuerza, de qué manera se encontrarán aquellos para unirse en el vasto piélago de la materia y en medio de tanta diversidad de átomos? En mi opinión jamás llegarían a tropezarse. ¿Acaso no vemos después de los grandes naufragios cuál suele el agitado mar diseminar bancos, gobernalles, antenas, proas, más tiles, remos y flámulas flotantes por todas las riberas, como para enseñar a los mortales a desconfiar de las asechanzas del mar traicionero, de sus violencias y de sus dolos, a no confiarse de él en ningún tiempo, por más que engañador nos invite con aspecto sereno y sonriente? Pues, de igual manera, si imaginásemos ilimitado el número de ciertos principios elementales esparcidos en la eternidad del tiempo, dichos principios estarían hasta el punto disgregados por los movimientos diversos de la materia que nunca se verían empujados a juntarse, ni a permanecer unidos, ni a crecer ni a desarrollarse". (Lib. II, vs. 551-564).

Aceptada la limitación en cuanto a la figura Lucrecio desenvuelve la tesis que todo cuerpo está formado por distintas clases de átomos. Por ello la tierra merece canto aparte y exaltado; por esto te llamamos, dice, la gran madre de los dioses y de las fieras; por eso te consideramos

como el origen único de nuestro cuerpo; y es que en su seno guarda lo mismo átomos igneos que gérmenes propicios para árboles, igual de frescos pastos y otros que echan a correr los grandes ríos vivificadores del mar incommensurable.

*
* *
*

Apegado a los detalles más ínfimos Lucrecio dedica sus preocupaciones físicas también al color de los cuerpos. Si en estos, ya creados, es posible contemplarlo y hasta exagerarlo en símbolos, los átomos caracen de él. En la realidad todo va unido al color, pero Lucrecio se vale de una excepción: los ciegos, dice, conocen por el tacto objetos que para ellos, desde luego, carecen de tal calificativo.

Todo color es capaz de cambiarse en otro. Pero si los elementos primordiales tuviesen tal atributo, perderían su calidad de semillas particulares y por sí mismas entrarían al aniquilamiento. La forma de los átomos, ya estudiada, produce el color. Este es efecto y no causa; efecto de combinaciones y posiciones. Las aguas le sirven, una vez más, para presentar pruebas en favor de su teoría. Ellas no permanecen en sola una tonalidad. Por el contrario, juegan al azul y al blanco, al rojizo y al café. Si dominara el mismo colorido, como atributo propio de los átomos, en ello radicaría la imposibilidad de la mutación como en verdad sucede.

Lo que puede ser efecto sensorial o momento propicio de colocación, lleva a nuestro poeta a nuevos ejemplos:

“¿No vemos como las plumas que rodean la cerviz de la paloma y coronan su cuello aparecen, cuando el sol las ilumina, unas veces rojas como rubíes y alian otras el color azul con el verde de la esmeralda? ¿No cambia igualmente de matices la cola del pavo, bañada de intensa luz?” (Lib. II, vs. 801-807).

Firme en la convicción de salvar a sus átomos del ani-

quilamiento, con semejantes razonamientos los priva de olor, sonido, sabor y temperatura:

“Forzoso es, por lo demás, apartar de los elementos primarios, y como extraño a ellos, cuanto es perecedero o de naturaleza blanda, fluida, corruptible, porosa y rara, si es que queremos dar al universo eternos cimientos, en los que enteramente estribe su conservación, y evitar que todo lo existente venga a parar, sin excepción, en la nada”. (Lib. II, vs. 859-864).

*
* * *

La sensibilidad, en el tan afinada, proviene de lo inanimado. Al contemplar cuerpos tales como la piedra, la madera, la duda podía apresar a Memmio. Por tal circunstancia debe admitir que nuevas causas de movimiento, orden y situación en los átomos producen lo sensible.

No hay sensibilidad parcial sino total. Un miembro debe estar unido a otro: la mano, y cualquier otro órgano, carece de sensibilidad separada del cuerpo.

Fácilmente podemos perdernos en el dilatado espacio de argumentos creado por Lucrecio para llegar a las mismas conclusiones y a la misma defensa de sus átomos como semillas de todo, pero creadores de particularidades, en cuanto, rodando por el infinito, varían en el amor del encuentro:

“En nuestros propios versos hay que tener en cuenta las combinaciones de cada letra y en su colocación dentro de aquéllo: unos mismos caracteres sirven, en efecto, para designar el cielo, el mar, las tierras, los ríos y el sol; elementos iguales representan los frutos, los árboles, los animales; si todas las letras no son las mismas, sí lo son su mayor parte, pero discrepan en su colocación. No de otro modo se cambia la esencia de los cuerpos, cuando en los mismos llegan a cambiarse los intervalos, caminos, uniones, pesos, choques, reencuentros, movimientos, orden, colocación y figuras”. (Lib. II, vs. 1013-1022).

*
* * *

Queda, en cuanto a lo físico, de los dos primeros libros, la interpretación astronómica de Lucrecio. Para nosotros, aunque apenas nos queden los recuerdos y nos suenan agradables los nombres siempre poéticos que se unen a las distantes luces del infinito y hayamos olvidado, por mal aprendido y por muy elemental, el orden magnífico del universo que tan bien pudo deleitar a Fray Luis, no nos coge de sorpresa el razonamiento de Lucrecio acerca de los altos mundos.

El, hecho muy natural a pesar de la insuperable base de Alejandría en lo cosmogónico, inicia sorprendido, por lo que prepara a Memmio, su viaje por los caminos invisibles. Reconoce que hay hastío del cielo, pero quiere revivir el prodigio de hacer alzar de nuevo los ojos velados de tierra. Lo poético exalta a Lucrecio; lo físico lo aturde un poco. Resolver su propia pregunta ¿quién empuñará con fuerte mano las riendas del infinito? parece que lo mete de lleno, jinete del gran problema, en la aridez de lo físico.

Y ya en ello sacar sus conclusiones me parece trabajo liviano por la causa precipitada. Ellas son: el infinito espacio está habitado, basta un alzar de ojos, por innumerables mundos. Ellos se originaron de igual manera que tierra, mar y cielo, es decir, por concordia de principios primordiales. El universo ilimitado puede dar cabida a ellos y posiblemente —nuestra duda sigue presente— seres semejantes los habiten; y también cada especie tendrá su sitio y la marca de sus sellos (8).

—III—

“Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ninguno de los Dioses ni ninguno de los hombres, sino que fué desde siempre, es y será Fuego siemprevivo que se enciende mesuradamente y mesuradamente se apaga”. (*Fragmentos Filosóficos* de Heráclito, 30).

"Todas las cosas se cambian en fuego y el fuego se cambia en todas, como el oro por mercancías y las mercancías por oro". (*Fragmentos Filosóficos* de Heráclito, 90). (9)

La materia, aunque singular en tarea, es plural en cuanto a su contextura. Por lo mismo Lucrecio no podía admitir una sola causa generatriz. De aquí la acerva crítica a sus antecesores. Basado en los mismos argumentos expuestos, analiza tales concepciones.

Al hacer el estudio de Heráclito, de paso y sin puntualizar, combate a Thales, Anaximandro y Anaxímenes. Así como no era posible que del fuego nacieran seres tan variados como los que pueblan el universo, tampoco lo hubiera sido de la causa única del aire y del agua. Al aceptar principios de similitud en los elementos integrantes de cada ser material, el fuego al disgregarse y dar origen a otras cosas, no ígneas, consentiría su destrucción "pues todo objeto que al cambiarse sale de sus límites propios deja de ser lo que era antes".

Lucrecio niega al fuego su carácter de principio; es, en todo caso, el fin de choques, orden y situación, de corpúsculos determinados:

"Se equivocaron, pues, quienes reputaron el fuego por materia primaria de todo, haciendo consistir en él la existencia del universo. Largo trecho se apartaron también de la verdad quienes atribuyen al aire (10) la facultad de producir lo existente, quienes vieron en el agua (11) el único principio creador por sí solo de todos los seres, quienes creyeron que la tierra es suficientemente poderosa a engendrar todos los seres y a transformar en ellos, quienes redujeron a dos los principios fundamentales juntando el aire con el fuego (12) o la tierra con el agua y quienes admitieron que la combinación de los cuatro elementos, fuego, tierra, aire y agua es el origen de todo". (Lib. II, vs. 705-715).

Esta última concepción nos trae la presencia de Empédocles (13). Las palabras a sus discípulos "Yo soy para

vosotros un Dios inmortal, no un mortal" (14) (mismas de Epicuro aunque más veladas) hacen exclamar, posiblemente a Lucrecio que Agrigento nunca poseyó nada tan venerable, ilustre, mercedor de admiración y cuyos poemas "harían dudar de su origen mortal".

Hay, creo, entre Empédocles y Lucrecio más afinidad poética que filosófica (esto daría lugar a un estudio aparte, detenido).

A grandes rasgos en la crítica a Empédocles repite lo esencial de las anteriores y agrega lo siguiente: admitir la existencia del movimiento sin la del vacío, negar lo mínimo en la constitución de la materia; aceptar la destrucción, por falta de consistencia, de los elementos primarios, conduciría el universo a la nada. Por otra parte los cuatro elementos no son el origen de las cosas, sino ellos tienen como principio a las cosas mismas.

En muchos puntos la concepción de Empédocles es semejante a la epicúrea. No cabe duda que Epicuro, o bien Lucrecio, tuvieron bajo sus ojos las obras de este filósofo. El tratamiento más comedido que de él hace el autor *De Rerum Natura*, puede apoyarnos en tal idea.

Al hablar Lucrecio de choques y encuentros acepta los principios de Amistad y Discordia expresados por Empédocles. Si no repite las palabras el fondo permanece el mismo. Los vagabundos principios de los cuerpos llegan al consorcio lentamente. Encontrar sus semejantes es victoria de Amistad sobre Discordia:

"Después, al punto
que a la menor profundidad del remolino
la discordia ha llegado,
y, por complementario modo,
en mitad del girante globo
Amistad se ha colocado,
van entonces estas cosas
las Unas hacia las Otras
hasta "ser" una "sola";
mas no de golpe,

pues júntase más bien, según les viene en gana, en uno
diversas cosas desde diversos puntos". (15)

*
* * *

"Cómo de no-cabello podría engendrarse cabello y engendrarse
carne de no-carne? (Del libro de Anaxágoras *Sobre la Naturaleza*,
10)

"En todo hay de todo, hay una suerte o parte de todo, menos de
Inteligencia; mas se dan cosas en que hay hasta Inteligencia". (Ob.
cit., 11).

"Sobre eso de engendrarse y perecer no juzgan correctamente los
griegos; que ninguna cosa se engendra ni perece, sino de cosas que
ya "se mezcla" y "se disgrega". Y, según esto, al engendrarse llama-
rían correctamente "mezclarse" y al perecer "disgregarse". (Ob.
cit., 17). (16).

Epicuro reconocía que los cuerpos simples forman las
concreciones. Por lo mismo las "homeomerías" de Anaxá-
goras no podían ser despreciables del todo para Lucrecio.
Considero que la crítica a este filósofo es de las más débi-
les. Aprecio una cierta contradicción en la forma de argu-
mentar. Lucrecio no acababa de aceptar —en este trozo—
ni lo homogéneo ni tampoco lo heterogéneo. Anaxágoras
dentro de lo uno deja lugar para lo otro: habla del predo-
minio de cierta materia, pero no desconoce que otras, aun-
que menos importantes, entren en su composición.

En cuanto a la negación del vacío por parte de Anaxá-
goras y refutada brevemente por Lucrecio, nada tenemos
que indicar. Ello queda claro sin contribuir con más ra-
zones. Los principios de aquél son muy débiles para éste,
puesto que lo creado por las semillas tiene idéntica natura-
leza que los principios de que son origen. Si llegase a so-
brenir un violento ataque, se pregunta Lucrecio, ¿cuál
de esos principios tendría poder suficiente para escapar a su
ruina, cogidos entre los dientes mismos de la muerte? Nin-

guno se responde, y, como quedó indicado, nada puede retornar a la nada.

A continuación Lucrecio se inclina por la heterogeneidad:

“Si la llama, la ceniza y el humo están latentes en la madera, ésta, por necesidad, es de naturaleza heterogénea. Además, todos los cuerpos que la tierra nutre”. (Lib. II, vs. 870-873).

Respecto al escape de Anaxágoras al considerar que hay predominio de la materia esencial, apreciable en la superficie por nuestros sentidos, pero las cosas poseen mezcla de muchas otras, lleva a Lucrecio a exageraciones. Debía decir, entonces, “manar la sangre de una yerba machacada entre dos piedras, destilar el agua gotas dulces y tan sabrosas como la leche que brota de las ubres de la oveja...”

Concluye su refutación indicando que las cosas no están mezcladas unas con otras, “sino que debe haber elementos semejantes y comunes a una multitud de ellas” las cuales se confunden en su composición de mil maneras. Hay pues una diferencia esencial: Anaxágoras estabiliza sus principios originarios; Lucrecio los pone en movimiento. De éste nacen todas las combinaciones.

Y con estos y mas abundantes ejemplos Lucrecio lleva la luz al corazón de Memmio:

“Guiado por mis palabras llegarás a conocer todas estas verdades; unos principios se esclarecerán por medio de otros y la noche profunda no te cerrará el camino para conocer los misterios de la naturaleza”. (Lib. I, v. 1114-1117).

—IV—

De pronto, Lucrecio se inunda de melancolía. Toda su fuerza en cimentar la vida se ve atacada en sus fortalezas por corrosivas olas de pesimismo. Su mundo levantado arena por arena, defendido palmo a palmo por su au-

rea coraza; su equilibrio mental que coge a todos los elementos sus enseñanzas, su poesía inmortal plena de vitalidad, tienen que aceptar los dictados de la muerte y augurar un fin a sus amados átomos.

Lo miro a él como el campesino de su simil "suspirar sin tregua al contemplar la inutilidad de sus esfuerzos" y recoger ya no en la tierra sino en los campos de su alma los recuerdos del pasado donde toda siembra aflúa, simple y sencillamente, como el agua de los ríos por las manos olvidadas en su corriente.

El mundo es como el hombre: va de un principio raíz a un ardor vegetal con savia sobrante para asistir luego a su propia caída. Lucrecio lo miraba descomponerse e incorporarse, pero hay heridas definitivas. Habrá momentos en que nada podrá rodar: ¡tal será el poster cansancio!

La tierra cantaba en alta voz, la madre universal, al hacena privilegiada con todos los alimentos, se cansará de procrear:

"...ella quien nos proporcionó los dulces frutos y sabrosos pastos, que hoy apenas si crecen a pesar de un esfuerzo en que agotamos nuestros bueyes, consumimos las fuerzas de nuestros labradores y llegamos a desgastar el hierro mismo del arado: hasta tal punto nos niega el campo sus productos y se aumentan nuestras penalidades". (Lib. II, vs. 1159-1165).

Santayana en su estudio (17) nos dice que Lucrecio al igual que cantó a la vida como natural comienzo de su Naturaleza de las Cosas, de haber concluido su obra hubiese terminado con una exaltación de la muerte. Creo encontrar en el fin del libro segundo esto que pide del poeta.

La muerte que Lucrecio predice para el mundo no contradice sus principios. Mientras exista la vida habrá renovación material y el morir será una leyenda; mas cuando éste acaezca es para convertir todo en "ruinas polvorientas". Queda, pues, la diferencia de grados: mientras no admite la parcial si supone la total; tan totalitaria que ni siquiera podrá compararse a un borrón a una huella, sino únicamente

a la propia nada y, entonces si, nada podrá volver a surgir de ella negando su principio.

El hombre será de día en día más lemantable; su voz será para culpar y envidiar:

“Triste también el viñador de vieja y repodrida vid echa al tiempo la culpa de sus males, incrimina a su época, y va gruñendo que los hombres de antaño, llenos de piedad, pasaban su vida con holguera dentro de estrechos límites, a pesar de ser mucho más pequeña la porción de tierra asignada a cada uno. *Y no se da cuenta de que la realidad es que todo poco a poco perece y marcha a su sepulcro, agotado ya por el largo camino de la vida*”. (Lib. II, vs. 1168-1174).

NOTAS

- (1) Cita tomada de la otra de Lange ya mencionada.
- (2) Lib. I, *De Rerum Natura*. vs. 146-150.
- (3) Demócrito en sus *Pensamientos*, 164, ob. cit. dice: "Los animales se juntan con sus semejantes, así palomas con palomas, grullas con grullas, y de parecida manera en los demás animales irracionales. Y de parecida manera también en las cosas inanimadas, como se puede ser en la criba de las semillas y en los guijarros de las playas. Porque en el primer caso y en virtud del movimiento arremolinado de la criba se ordenan discriminativamente lentejas con lentejas, cebada con cebada, trigo con trigo, mientras que en el segundo, por virtud del movimiento de las olas, los guijarros más largos son impelidos hacia el mismo lugar de los guijarros largos, los redondos al de los redondos, cual si en estas cosas tuviera la semejanza una cierta virtud reunitiva".
- (4) Del libro *Sobre el grandioso Orden del Cosmos*, 1. — *Los Presocráticos*, ob. cit.
- (5) Pensamiento tomado de la *ob. cit.* de Lange.
- (6) *Idem* nota ant.
- (7) Epicuro —*Carta de Herodoto*, 256-39— dice: "Añádase a esto, que no se debe juzgar que en un cuerpo finito —haya infinitos corpúsculos y de cualquiera tamaño".
- (8) Los errores astronómicos de Epicuro son inexplicables, puesto que, en su tiempo muchos de ellos estaban aclarados. Es posible que más preocupado de lo moral que de lo físico no reparara o no aceptara lo ya sabido. Los aciertos quedaron in-

dicados en el comentarios de Lucrecio. El error fundamental está en la magnitud de los astros. Dice en la *Carta a Pitocles*, 272-61: "La magnitud del sol y demás astros, en cuanto a nosotros, es tanta cuanto aparece".

En la misma carta de Pitocles al hablar del orto y del ocaso, de la luna y los demás astros; acerca de la diferencia entre días y noches, de las nubes, truenos, relámpagos, huracanes, etc. su inseguridad se manifiesta al dar para cada uno múltiples causas sin inclinarse por una particular. Se disculpa de ello diciendo: "El dar una sola causa de estas cosas, siendo muchas la que los fenómenos ofrecen, lo hacen necia e incongruentemente los que andan ciegos en la vana astrología, y dan en vano las causasa de algunas cosas, sin separar a la naturaleza divina de estos misterios" (281-82). Vuelve a insistir en iguales términos inmediatamente después: "El definir absolutamente estas cosas, pertenece a los que gustan de ostentar prodigios a las gentes", (281-83)).

- (9) *Los Presocráticos*, ob. cit.
- (10) "El tercero de los jónicos, Anaxímenes, encuentra en el aire (es decir en el estado gaseoso) el principio de todo" *Filosofía Antigua y Medieval* por Augusto Messer, Espasa-Calpe, 1941. Pág. 17.
- (11) "El más antiguo de todos, Thales, encontró en el agua la materia primordial; con ello no se refería al agua propiamente dicha, sino, en general, al estado físico de fluidez o humedad". *Ob. cit.* de Messer, pág. 16.
- (12) Jenófanes, ob. cit. *Los Presocráticos*, tomo I, I. 4, dice: "De agua nos engendraron a todos y de Tierra. Y Tierra y Agua son todas las cosas que nacen y se engendran".
- (13) Ob. cit. *Los Presocráticos*, parte primera del poema de Empédocles, I. II:
- "Primero, escucha
que de todas las cosas cuatro son las raíces:
Fuego, Agua y Tierra
y la altura inmensa del *Eter*.
Todas las cosas de tales raíces surgieron:
las que serán y las que son y las que fueron.
- (14) Nota tomada de la ob. cit. de Messer, pág. 48.

- (15) Ob. cit. *Los Presocráticos*, tomo I, parte primera del Poema de Empédocles, I. 20.
- (16) Ob. cit. *Los Presocráticos*, tomo II.
- (17) George Santayana, *Tres poetas Filosóficos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1942, Pág. 46.

LA MUERTE

Epicureo deseó salvar al hombre de todo temor que pudiera ensombrecer su vida. El propósito esencial es conducirlo a supremas libertades. El ser humano eslabona sus propias cadenas. Innumerable sería citar las pequeñeces que amordazan el pensamiento y el complejo de las acciones. Descuellan algunas ataduras esenciales. No negaremos la naturalidad de estas nieblas cerradas. El hombre puede escapar a las ideas y cambiar el fervor de los sueños, pero nada puede alejarlo de las realidades. Ellas constituyen campos de batalla donde él es eterno combatiente. Hay algunas invencibles, inmodificables, ante las cuales la aceptación es el único término.

La muerte no es batalla para el hombre. Los pequeños hechos de armas, digámoslo así, simplemente prorrogan su victoria. El pensamiento en la muerte no constituye, exceptuó casos psicológicos, obsesión o enfermedad. Si camina a nuestra diestra ello no detiene el fervor de los pasos. El hueco de nuestra figura siempre la vemos lejos de nosotros. Pero, con todo, hay encrucijadas de índole diversa y entonces morir es el único puerto para nuestro barco desquiciado.

Puedo contemplar el mundo multiforme. Desde la atalaya de hombre moderno mis ojos no alcanzan todos los senderos. Con cuidado, acaso entre este cruzamiento de líneas, los conceptos de la muerte, ya que no su realidad, no presentan, en general, carácter múltiple. Las preguntas son estas: ¿subsiste sensibilidad corporal después de morir? ¿es ella extinción absoluta? ¿hay resurrección bienaventurada?

Las respuestas nos colocarán en épocas distintas. En

los dos últimos casos el miedo que va unido a ella desaparece o se atenúa. En el primero morir es gran desgracia. Los dos primeros nos sitúan en la antigüedad y en el epicureísmo. El tercero en la Edad Media y en el Cristianismo. En el futuro advertimos las proyecciones de dichas fuentes.

Muchos indicios y notas existen para afirmar que la muerte no era deseada en la antigüedad; más bien era temida. Epicuro en Grecia y su discípulo en Roma, firmes en el ideal de liberar al hombre de toda perturbación y sobre todo de las grandes, pugnarán por combatir este terror mezcla de superstición y de humana naturaleza.

Cuando en los funerales, tanto en Grecia como en Roma, se pronunciaban las palabras "que la tierra le sea leve", adquirirían alto significado. No pueden verse como fórmula consolatoria o como frase hecha. El sueño, tantas veces comparado como simulacro de la muerte, nos entregue las creencias en la misma. Para el antiguo, morir significaba conservar vagos sentimientos. El cuerpo no perdía sus antiguas necesidades. Por ello cuidar el enterramiento equivalía a cuidar ese resto de vida: aligerar la tierra con estudiado modo era manera de allegar al "sensible cadáver" la postrera felicidad. Lucrecio confirma este pensamiento:

"Tal hombre, en mi opinión, no cree en realidad lo que creer proclama, sino que, sin confesárselo, juzga que su muerte no ha de ser completa y que algo de su sér habrá de perdurar. Cuando en vida se representa que ha de llegar un día en que aves y fieras destrocen sus despojos, estimando por ende miserable su suerte, es por que no puede libertarse de sí mismo ni arrancarse a su cadáver, y porque está en la creencia de que en pie junto a él lo sigue animando con su sensibilidad". (Lib. III, vs. 876-884).

Esta creencia formó los lazos de familia y comunales. Los muertos son consejeros, se les llama héroes y al lado del cadáver se colocaban los objetos que le fueron más caros. Los ritos los consagran, aunque nuevas ideas, sobre todo el animismo, sustituyan, posteriormente, tales sentimientos.

En la carta de Meneceo, Epicuro nos legó las armas con las cuales combatió el temor a la muerte. La forma natural era negar toda supervivencia y tratar de hacer concebir al hombre su extinción: ni mas allá ni engañosas apariencias le esperan una vez privado del sentido: "la muerte, pues, el más horrendo de los males, nada nos pertenece; pues mientras vivimos, no ha venido ella; y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros" (1).

La noche subterránea que aguardaba a los muertos carecía de todo atractivo imaginario; la fantasía se encargó más bien de poblarla de seres torturantes. Esta nueva causa apresaba la mente de los crédulos y natural resultaba querer detener los últimos pasos con la angustia de no morir. Allí esperaban Hermes Psicopompo, Caronte, Minos, Eaco y Radamanto; en Roma, más temibles aun, Orco y Dis Pater.

El cristianismo que levanta la piedra de la tumba y ofrece el reino de los cielos, da atractivos al morir. El hombre guarda el germen de la esperanza; de ésta puede nacer una fe y creencias indiscutibles. Por lo mismo salir de la sombra a la luz, remotar el vuelo a la eternidad purificados de tierra, confiados en la bienaventuranza dejar el camino transitorio para encontrar la posada del calor y la tranquilidad, inculca valentía al hombre y se coge de los medios para conquistar ese lugar amable. Pero antes del cristianismo esperaba a la mortal naturaleza la noche inextinguible. "En tiempo de Epicuro nada anunciaba todavía esta revolución. La muerte era el objeto universal de los temores populares; más bien, cosa notable, se tenía menos la muerte que la vida futura, tal como la religión la presentaba. A la larga una asociación de ideas muy tenaz se estableció entre la vida futura, el horror de la tumba, la noche subterránea y los fantasmas con que la imaginación está siempre inclinada a poblar la noche. No se podía imaginar que la muerte fuera la paz y el reposo, y no la inquietud y el tormento; no se podía creer en un aniquilamiento completo". (2)

La idea del alma separada del cuerpo, dice Reinach, es consecuencia del animismo. "El instinto la sugiere, el en-

sueño la confirma. Los griegos han representado las almas de los muertos como pequeños seres alados: pájaros, serpientes, mariposas (la palabra griega *psyché*, alma, designa también mariposa)" (3). Con todo la idea de los Campos Elíseos, vecinos del infierno unas veces, y otras alejados en su primavera eterna, no formaron verdadera doctrina, porque nunca arraigó la creencia en la inmortalidad.

Por esta razón Epicuro no era innovador en cuanto a negarla. Más bien se le juzgaba como atrasado. Los filósofos contemporáneos, sucesores y antecesores, concebían la muerte de tal manera. (4)

En otro sentido del expuesto Lucrecio extrae el temor a la muerte de la vida misma. El hombre que sabe de la inevitable huída trata de apurar los momentos vitales. Su pensamiento entonces se inclina a no desaprovechar ninguna gota del frágil vaso. En tal trabajo nada le detiene y por lo mismo el horror de la muerte lo torna reo dentro de la vida:

"Finalmente, la avaricia y el ciego afán de honores empujan a los hombres a transgredir los límites del derecho, a hacerse cómplices y servidores del crimen, y a pretender con sin igual esfuerzo, noche y día, apoderarse de la mayor suma de riquezas. Estas lacras de la existencia se alimentan en su mayor parte con el temor a la muerte..." (Lib. III, vs. 59-64).

Somos, dice el poeta de la Naturaleza, como niños asustadizos en medio de las ciegas tinieblas y el propio miedo engendra la envidia y la traición.

En estos dos últimos puntos empezamos a encontrar las exageraciones a que acude Lucrecio para el fin propuesto. Creo que el epicureísmo, en general, carece de toda valentía. El propio creador es pusilánime en la vida: rehuirla es temerla. Hay en el sér humano naturaleza pasional que dirige la acción al bien o al mal y no precisamente como temor de la muerte sino como afirmación de la vida misma.

Lucrecio nos presenta a la humanidad descarriada por tal miedo. Sin embargo, en el redil hay abundancia de promotores de progreso y de creación. Si cada cual se colo-

cara en las márgenes del río sólo para retardar la desembocadura ¿cuál sería el estadio de la humanidad?

Lucrecio se vale del argumento del arribo a la vida para demostrarnos la inutilidad de temer a la muerte. Antes de nacer hay un pasado que no nos preocupa, que en ningún momento representa problema para el hombre. Nadie se pregunta qué sería cuando aun no era. Por la misma razón, agrega, nadie deberá razonar su extinción, porque también entonces toda conciencia habrá huído definitivamente.

Esta lógica tan extremada nos parece igualmente débil. Nacer, objetivamente, no es ni felicidad ni desgracia ya que nuestras facultades están lejos de la formación que nos introduzca al mundo circundante. El que muere, en cambio, ya ha tomado contacto. Discierne, es indiferente, odia o ama, pero de todas suertes está en una corriente de la cual toma parte. El amor a la vida no es conceptual, es espontáneo, anterior. En ella está el impulso que encamina los seres a la defensa y a la lucha. Ella revienta las más humildes hierbecillas y "enseña a cada animal a buscar su alimento y su pareja, a proteger su descendencia, así como a resistir o a huir de los daños corporales y ante todo de la amenazadora muerte" (5)

En otras palabras el temor a la muerte es energía para la vida. Aun aquél que afiliado a la religión con intimidad renuncia al mundo, en verdad tan solo renuncia a un grupo de tentaciones, pero desenvuelve actividades, activas o contemplativas, como medio para obtener la continuidad.

Por otra parte es posible que en verdad no se tema la muerte o su agonía. Todos ignoramos si el morir es placer o dolor. Lo que en verdad atemoriza es "la derrota de una voluntad actual dirigida a la vida y a sus diversas empresas" (6). Entonces lo único que puede bozar el temor de la muerte es el extinguimiento del amor a la vida. Dice Séneca: "Pensar en la muerte es pensar en la libertad. . . Una sola cadena nos retiene aquí, el amor a la vida. Sin romperla por entero, es necesario debilitarla de tal modo que, en caso necesario, no sea ya un obstáculo para nos-

otros, una barrera que nos impida hacer en seguida lo que es necesario que hagamos tarde o temprano" (7).

Santayana nos introduce en otros apreciables conceptos: "Acaso a todo esto Memmio o algún otro lector recalcitrante argüirá que lo que le hacía estremecer no era el estado metafísico de la muerte, sino la realísima agonía del morir. Morir es algo horrible, como nacer es algo ridículo. Y aun en el caso que la entrada en este mundo o la salida de él no implicara ningún dolor, podremos decir lo que dice de ello la Francesca de Dante: es la manera lo que me estremece. Lucrecio, por su lado, no hace ningún esfuerzo para mostrar que todo es como debería ser, y si nuestra manera de llegar al mundo es innoble y nuestro modo de salir de él lastimoso, eso no es un defecto ni de él ni de su filosofía. Si el temor a la muerte fuera meramente el temor al morir, sería mejor tratado por la medicina que por los argumentos. Hay o debería haber, un arte de bien morir, de morir sin dolor, de buena gana y con oportunidad —como esas nobles despedidas que describen las lápidas sepulcrales áticas—, especialmente si se nos permitiera, como lo haría Lucrecio, escoger nuestro momento" (8).

El hombre guarda en su interioridad gran ternura y gran capacidad para el amor. También por ello arraiga tanto en los surcos de la vida; por la misma razón cree en el porvenir. Cuando se ama y el amor está depositado, duelen más las ausencias. Cuando se han labrado situaciones que representan el afán de horas prolongadas, nada más humano que anhelar perpetuarnos en ello. Lucrecio niega la tristeza de los pensamientos fúnebres. Otros pueden llorarnos, pero "si a la muerte acompañan un sueño y un reposo perpetuos ¿dónde está la amargura? ¿a qué cosumirnos en eterna tristeza?"

Dos destinos pueden presentarse al hombre. El de pasar por la vida del brazo con el goce, o el de transitar por ella dolorido y maltrecho. Para Lucrecio en ambas situaciones la muerte debe ser bien llegada:

"Si has podido gozar a tu antojo de tu vida pasada... ¿por qué

no sales de la vida cual invitado satisfecho, ni te acoges, oh necio, al eterno reposo, libre de cuidados? Y si, en realidad has perdido cuanto la vida supo ofrecerte y la existencia te es odiosa, ¿para qué quieres añadirle nuevos días que, igualmente infelices, se desvanecerán para siempre sin provecho? (Lib. III, vs. 935-943).

Lucrecio combatirá, finalmente, las supersticiones populares del profundo Aqueronte. Todos los castigos se hallan en la tierra. El símbolo de Titios le sirve de la mejor manera. El no está alimentando eternamente a las aves que devoran sus entrañas, sino, más bien, Titios está en cada hombre: es la víctima de amor o celos, angustias o pasiones. Los malhechores purgan sus delitos según las leyes, pero si escaparan a ellas quedará la conciencia "para clavarlos su aguijón y quemarnos con su látigo".

Además, pobre argumento para convencer, han muerto seres mejores, privilegiados; Escipión "rayo de la guerra, terror de cartago" dió sus huesos a la tierra como el más ínfimo de sus esclavos. También Homero, Demócrito y el endiosado Epicuro:

"¿Y dudarás en morir, y te indignarás de morir, tú que disfrutando de la vida y de la vista, vives una existencia muerta y consumes en el sueño la mayor parte de ella?

¿Tú que despierto roncas, y que no cesas de soñar, con el alma enferma y llena de temores, sin poder encontrar nunca la causa de tu mal, urgido de todas partes, miserable y ebrio, por la angustia, y agitado acá y allá por el delirio insano de tu espíritu?" (Lib. III, vs. 1045-1052).

Lucrecio, al extraer de la vida misma todos sus argumentos, se empeña en conducirnos a borrar de nuestra mente la preocupación de la muerte. Rápida crítica he hecho a algunos de ellos. Puede que tengan tanta invalidez como las razones lucrecianas. En todos casos el temer o no temer a la muerte será actitud subjetiva y de ningún modo objetivable. Hay tantos conceptos de ella y de la vida, como existencias ruedan por este desconcertante universo. Lo indudable que Lucrecio nos presenta y que de igual mo-

do lo comprenderíamos sin él es lo inevitable de ausentarnos. Somos corporalmente finitos. De materia corruptible. Tenemos amistad con el gusano:

“Ya puedes enterrar durante tu existencia cuantas generaciones quieras, que no por eso dejará de esperarte una eterna muerte; y aquél que ayer cerró los ojos a la luz no estará muerto menos tiempo en aquél otro que dejó de existir hace muchos años o meses”. (Lib. III, vs. 1090 y sig.)

NOTAS

- (1) *Ob. cit.* de Dióg. Laercio; *Epístola a Meneceo*, 93.
- (2) J. M. Guyau, *La Moral de Epicuro*, traducción de A. Hernández Almanza, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1943, Página 115.
- (3) Salomón Reinach, *Orfeo*. Historia General de las Religiones, Editorial Nueva España, S. A., México, 1944. Pág. 127.
- (4) "Mors aut plane negligenda, si omnio extinguit animun; aut etiam optanda, si aliquo eum deducit, ubi sit futurus aeternus" *Cicerón, Tuscul.*, 1.
"Mors aut finis aut transitus" *Séneca, Cartas*, 65.
"Aut in meliorem emittitur vitam... aut certe sine ullo futuris incommodo" *Séneca, Cartas*, 71.
"Fabula Manes" *Horacio, Odas*, 1, 4, 16.
"Cinis et manes et fabula fies" *Persio, V*, 152.
"Nec pueri credunt nisi qui nondum aere lavantur" *Juvenal, II*, 152.
"Quid Stiga, quid tenebras, quid nomina vana timetis" *Ovidio, Metam.*, XV, 154.
- (5) *Ob. cit.* de Santayana, pág. 54.
- (6) *Id. ant.* pág. 55.
- (7) Epicuro según Séneca, *Epis.* 12, 10
- (8) *Ob. cit.* de Santayana págs. 53, 54.

EL ALMA

La inmortalidad es caro ideal para el sér humano. Por algún medio el hombre desea perpetuarse. Existe, lo cual no puede ponerse en tela de juicio, la inmortalidad en el recuerdo, la más elemental y cerrada, la más humana. Para quien posee o cree poseer la fuerza de la creación, le es menos importante la gloria que le acarree la misma que la trasmisión de su obra. En ambos casos hay trabajo para obtener este don y en ello, también, el hombre en sí mismo, para sí, está prácticamente perdido: no sabe de su perpetuidad, no la goza. Nadie está completamente seguro de ser definitivo.

La inmortalidad sin perderse, la religiosa, aun cuando supone ardua tarea y limitaciones humanas, da la oportunidad, la certeza, si hay fe, de dos mundos: uno con nuestra dualidad y el otro rota la misma, emprendido el vuelo.

Esta última, más objetiva, más ideal, presupone la posesión del alma con todos sus atributos y capaz de su independencia en todos casos. Para nuestro tiempo —supuestas siempre la ideologías contrarias— no causa asombro pensar en ello y sentirlo en muchos casos. El hombre aunque estructural sobre la tierra y dispuesto a dar respuestas conjuntas a los estímulos, puede aceptar, en cuanto a su alma, formación distinta a la material, aérea, alada. Ella dejará nuestro cuerpo —aunque medio de perfección— para situarse, por siempre, allá donde los días ignoran a las noches:

“Camino del silencio
se ha ido. Va delante
de mí. *Lleva su antorcha*
a salvo ya de la traición del aire... (1)

Esbozado este concepto caeremos en la cuenta que entre ambos estados, sino se cree que el primero es también muerte, está el lugar de nuestro cadáver. Pero nosotros estamos viviendo veinte siglos adelante y hacia atrás la inmortalidad carecía de atractivos y tenía significación corpórea. El alma, de una a otra filosofía, fué conceptuada como material. Ser inmortal, pues, no era felicidad sino al contrario: al satisfecho de la vida le sobrevendría lo opuesto. Al desgraciado prolongación de sus males. Prefiero, dijo la sombra de Aquiles, ser mozo de campo que rey en los infiernos. Y es que al héroe, al santo, correspondía igual medida que al imperfecto e insignificante.

Epicuro, y Lucrecio de consiguiente, no innovaba al predicar la materialidad del alma. Pero si podía servirse de tal causa para defender el total aniquilamiento: "Así, el perfecto conocimiento de que la muerte no es contra nosotros hace que disfrutemos la vida mortal, no añadiéndola tiempo ilimitado, sino quitando el amor a la inmortalidad" (2).

Analicemos el tercer libro de Lucrecio para dejar sentada la concepción acerca del alma.

Para el poeta de la Naturaleza era necesario devolver a los griegos el ridículo nombre de "harmonía", apropiado para los músicos, pero no para designar los hechos de nuestra interioridad. El espíritu, sinónimo de inteligencia, casa del juicio, no está repartido en todo el cuerpo, pues los hechos demuestran a Lucrecio que sufrimientos corporales no alteran la paz espiritual y al contrario. Miembros separados de los restantes tienen aún el aliento de la vida. Pero hay una substancia extendida por todo nuestro cuerpo llamada alma, la cual guarda íntima relación con el espíritu a tal grado que forman un solo todo.

El espíritu reside en el pecho "donde ora palpitan el pavor y el miedo, ora se siente la dulce caricia de la alegría". El alma supeditada a él se mueve según su voluntad. Es independiente en sus actos y ajeno a las conmociones del cuerpo o del alma:

"Cuando la mente, en cambio, es conmovida de un vehemente

miedo, el alma entera se hace eco de él en todo el sér; sudor y palidez cubren por enteró el cuerpo, titubea la lengua, extingüese la voz, se nublan los ojos, zumban los oídos y desfallecen los miembros, sin que falten casos de haber perecido muchos hombres víctimas de ese terror del espíritu". (Lib. III, vs. 152-158).

El alma y el espíritu al mover nuestro cuerpo presuponen naturaleza corpórea, porque todo contacto se efectúa entre elementos materiales. En otro argumento Lucrecio nos dice: la flecha al herir nuestro cuerpo y desgarrarlo experimenta imprecisas voluntades, languidez, agitación en la mente. De manera que si el espíritu sufre con el golpe corpóreo debe ser necesariamente material.

Conozcamos ahora tal materia. Los elementos de los cuerpos son más móviles en razón directa de la pequeñez de sus componentes. Los átomos en los cuerpos ligeros son sumamente redondos y diminutos. La diferencia entre agua y miel puede ejemplificar tal compostura. El espíritu es, sin comparación, más veloz respecto a cualquiera otra cosa; por lo mismo sus elementos son cuerpos en extremo pequeños, los cuales, a su vez, poseen composición ínfima y redondeada.

Si fuera posible, sugiere Lucrecio, condensar la materia del alma, a duras penas ocuparía espacio. Por ello, así como en licores o unguentos la evaporación no les resta peso al aprecio de nuestra vista, así también al cuerpo desfallecido, al huir las semillas pequeñísimas, nada le sustraen de su ponderación.

Hasta lo expuesto al espíritu no es diferente a cosa insensible. Necesario resultaba explicar la sensibilidad y el pensamiento. Hay que permitir la entrada de un elemento nuevo, sin nombre, cuya sutileza y movilidad infundan la acción, placentera o dolorosa, a las mismas entrañas.

Este elemento innombrable, unido al calor, al soplo vitan y "a la ciega potencia del viento, se concretan en única sustancia motora del impulso sensible. El es, como dice Lucrecio, "el alma misma de toda nuestra alma y soberano de todo nuestro cuerpo".

Estos cuatro elementos adquieren primacía de poder

en determinados momentos. Amplia es la ejemplificación lucreciana en este aspecto. Si señorea el calor tendremos el retrato de la cólera, si el frío el del miedo, si el aire tranquilo, la mansedumbre; si el viento, el del tembloroso movimiento. Con esta explicación, sin fuerza alguna, Lucrecio entreve la herencia y la conclusión, hoy tan en boga, del poder modificativo de la educación, aunque siempre permanezcan vestigios de nuestra naturaleza original.

Esta materialidad del alma la une al cuerpo con raíces inseparables; lo contrario sería empresa imposible:

“Cómo aislar del grano de incienso el olor, sin que perezca la sustancia”. (Lib. III, vs. 327-328).

Este casamiento conduce cuerpo y alma a idénticos procesos. Crecen y juntos llegan a la senectud. Al aumento de las fuerzas corresponde desenvolvimiento de la reflexión; a la claudicación del primero se une la segunda. A enfermedades corporales y dolores crueles se juntan cuidados, penas y temores espirituales:

“Aún más; en un cuerpo enfermo el espíritu en delirio vaga a menudo extraviado; un pesado letargo lo sepulta, a veces, en las profundidades de un sopor eterno con los ojos cerrados y la cabeza caída, sin que el paciente sea capaz de escuchar las palabras ni reconocer los rostros de quienes, intentando devolverlo a la vida, le rodean con las mejillas anegadas en llanto”. (Lib. III, vs. 463-469).

Cuando la muerte llega Lucrecio nos pinta trágico-retrato; a pausas lleva la lividez y luego la frialdad. Luego se pregunta ¿por qué no actúa el alma en la conservación de las sensaciones? Y es que participa de igual mortalidad, perece y se disuelve.

El alma, con todo, no queda en el cuerpo putrefacto. En él se destruye y disuelve y por él se exhala. Pero, cabe decirlo así, sale muerta, ya que fragmentada en los momentos mismos de la muerte, su destino vagabundo en el seno del fluido aéreo es sin objeto, sin misión que cumplir, fugaz.

“¿Cómo creer que el alma, arrojada del cuerpo, débil, perdida su cobertura protectora podría perdurar al aire libre y cielo abierto, no digo por una eternidad, pero ni siquiera un solo instante?” (Lib. III, vs. 603-606).

Más argumentos suma Lucrecio para demostrarnos plenamente la mortalidad del alma. El comentario de ellos nos conduciría al mismo fin. Acaba negando la importancia que tendría nuestra alma, en la suposición que gozara de vida independiente del cuerpo, lejos de éste. Y de igual manera la resurrección que, pasado el tiempo, nos devolviera la dualidad:

“Aún más; si nuestra alma, después de divorciada del cuerpo, pudiera sentir, ¿qué nos importaría a nosotros, formados como estamos de la reunión y consorcio de aquélla con el cuerpo? Y si el tiempo, después de la muerte, juntase nuestra materia, la volviese a colocar tal como ahora está y otra vez nos fuese devuelta la llama de la vida, tampoco eso nos dañaría, una vez interrumpida la cadena de nuestros recuerdos”. (Lib. III, vs. 843-851).

Morir, pues, es la más natural de las leyes. Pero extremadamente natural sería, en concepto epicurista, darle la bienvenida lejos de todo terror, sin rebeldía, seguros que las únicas noches y los mejores días florecen cuando somos dueños de nuestra dualidad. La muerte es la renovadora. Así como no podemos arrancar dos cosechas a campo sembrado de antemano, sino que es preciso arar y echar nueva y pródiga semilla, la humanidad segada no llevará las mieses a graneros nuevos, sino que, tan solo, dejará definitivamente el surco para nuevas generaciones labradoras.

Y esta tesis, dulce trabajo para Lucrecio, conductora hacia la libertad humana, deja cierto amargor en nuestros corazones ya que, quizás, ser libres no radica en desposeernos, sino, más bien, en dejarnos, adelante, esperanzas posibles. La realidad, si pudiéramos conocerla absolutamente, no sería desagradable, pero el sueño, la fe y la confianza, nos sitúan en el lugar de los viajeros que no agotan las rutas.

EL CANTO A VENUS

Al abrir la Naturaleza de las Cosas, si el azar o la premeditación nos han puesto esta obra ante los ojos, nos reciben, como para aprehender la atención de nuestro espíritu, los bellos hexámetros del Canto a Venus. Si aun estamos muy lejos de ese afán analítico que, a veces, resta encantos a la belleza, la simple afición poética encuentra caudal suficiente para allí quedarse, alimentándose.

Es éste, canto en alta voz; claro desborde del espíritu ya incapacitado de contener la idea y las palabras. Si bien está dirigido a fin premeditado, su concepción tiene la soltura del agua corriente; se ve caer de los labios como fruto maduro de inclinada rama. El Canto a Venus tiene algo de epopeya en su vigor, gran rebeldía para perpetuar el amor colocado entre la espada y la pared por el insaciable Marvorte. Hay poemas que immortalizan. He aquí uno de ellos.

El es, sin embargo, preámbulo de seis libros, cuya trama encamina, paso a paso, a la libertad humana. Extraño debería parecer una invocación pagana, a diosa advenediza, en boca de quien pugnaba por desterrar a los dioses a pasividad celestial, lejos de toda preocupación terrena.

La pregunta por resolver es ésta: ¿se contradice Lucrecio al solicitar la protección de la diosa que hace surgir todo "a las divinas orillas de la luz"? Varias son ya las respuestas. En general todas defensivas. Deseo estudiarlas para no obstaculizar el próximo camino.

Recordemos. Lucrecio pide a Venus que aleje a Memio del estruendo de las armas y así entregarlo a la capacidad de escuchar las verdades que él dirá "en pulidos y armoniosos versos". Muchos indicios hacen creer que la

familia de Cayo M. estaba bajo la protección de la diosa. Las monedas que con el nombre de Memmio han sido halladas, tienen en el reverso la cabeza de ella, la cual corona Cupido. Lucrecio podía aprovechar esta causa y obtener un doble fin: el primero ya citado, oportuno, de atraer al amigo a la ya antigua protección y, el segundo, recordar un culto romano de amor, en instantes que sentimientos contrarios hacían presa de los espíritus.

Por otra parte el nombre de Venus pudo ser tan solo palabra sustitutiva. El Epicurismo pretende salvar la vida y aunque egoístamente, reafirmarla. Anhela borrar todo terror de la muerte y quiere aceptar, sino con alegría, al menos sin preocupaciones la absoluta desaparición. El amor, Venus, bien podía ser la ley de la generación, del renuevo, de la juventud en la naturaleza. Lucrecio, amigo del símbolo, encuentra en esto, no negación doctrinaria, sino, al contrario, apoyo para la misma.

Empédocles el distante amigo de Lucrecio pudo inclinarlo hacia este canto. Hemos hecho alusión a la influencia. Muy posible es, por consiguiente, volverla a encontrar de este poema:

“Humedeció la Tierra Venus con lluvia largo tiempo;
y, habiendo hecho ideas,
para fortalecerlas las dió al Fuego Veloz.

.....
...Y así les cayó en suerte ser plasmadas
de Venus en las palmas”(1).

No es posible afirmar que el canto sea un préstamo del poeta griego. El, nos indica Martha, es bello trozo con todos los caracteres de la originalidad, con fuerte colorido romano, con alusiones directas a la religión nacional, pero la idea pudo ser tomada de Empédocles, en cuyo tiempo religión y filosofía se mezclaron y la alegoría daba cierto atractivo a las concepciones.

En la estatuaria romana es posible encontrar en diversos grupos, a Venus ensayando apaciguar al dios de la gue-

rra. Nada extraño sería seguir una costumbre consagrada en mármol, en escultura de palabras.

Todas estas razones pueden ser aceptadas para liberar a Lucrecio de falsas apreciaciones y permitirle derrumbar las estatuas de los dioses.

LOS DIOSES

Creo que los argumentos explicativos del Canto a Venus, borran toda duda acerca de la actitud de Lucrecio ante los dioses.

La diferencia poética entre el maestro y el discípulo nos entrega el calor de éste y la llaneza de aquél. Con todo cuando Lucrecio poetiza causas físicas no se aleja de Epicuro más que en la forma propiamente dicha, pero el verso, en sí mismo, sólo tiene el calor de la imagen, aunque le falte el del espíritu. Mas en otros momentos el desborde interior traiciona la serenidad epicúrea y Lucrecio deja de ser impersonal para ser, en cambio, mas poéticamente humano. Tal es el caso de los dioses. La piqueta demoledora, entonces, no es levantada tan solo a base de trabajo mental, sino con todo el convencimiento que incendia el espíritu.

La razón es clara. Mientras en otros aspectos de los tratados, por ejemplo las causas físicas del mundo, Lucrecio no puede sumar ideas personales, en el presente el espectáculo es vivido a todas luces. El poeta está en el lugar de los hechos; contempla los estragos y las sinrazones. Así como el espectáculo del tiempo se actualiza, también el de la religión, sin perder la base epicúrea, adquiere la viva fisonomía romana.

Extraño, considerándolo a la ligera, puede parecer que Lucrecio no hiciese referencia directa a las oscuras deidades romanas, y que por el contrario, exalte, aunque con el propósito antedicho, a Venus protectora de la nacionalidad. En el libro primero evoca el sacrificio de Ifigenia, heleno en su origen; bien pudo acudir a vividos ejemplos roma-

nos. Opino que, en tal sentido, Lucrecio comprendió y temió humanamente, sufrir en propia carne, la ira desatada de su época. Los dioses, entonces, aunque habían perdido poder de gobierno en las conciencias turbadas por la sangre, la muerte y la inseguridad, los dictadores los manejaban aún en su política, además que la gran mayoría, el grueso pueblo, no desprecia, con facilidad, aquello que ha echado raíces hondas. Puede discutirse, y no sin causa, que la alusión indirecta vale tanto como la contraria. De todas suertes, ante el presente, queda la diferencia acusativa. Lucrecio, a pesar de ello, ya no supo que la ignorancia de su obra se debió, esencialmente, al traslado de los altares lejos de la acción humana.

Con frecuencia se duda de las religiones monoteístas. Ello parece menos factible, puesto que un gobierno tiene más poder ordenativo y una confluencia única de los corazones. Pero se puede llegar al ateísmo —aunque Lucrecio no lo fué— cuando el cielo es anárquico, a pesar de las jerarquías establecidas. Y más se acentúa la incredulidad, por lo menos en aquéllos que disciernen sin ataduras, cuando ni siquiera la tradición ha puesto las columnas celestiales.

En Grecia, a pesar que los dioses locales y las burdas imágenes pesaron sobre las conciencias, la mitología llegó a verdaderos momentos poéticos, donde dioses de bondad, comprensivos, podían cautivar hacia el amor divino. “Desde la época de Homero, la religión griega se caracteriza por lo que se llama antropomorfismo. Los dioses tienen figura humana y se mezclan familiarmente a los mortales. Aun irritados no son inexorables; aunque sobrehumanos, no son monstruosos. Las fábulas de que son objeto les atribuyen un carácter benévolo y sociable. Seguramente hay excepciones, mitos sanguinarios o grotescos, herencia aceptada con disgusto de un pasado lejano; pero en general son creencias de hombre dulces y razonables, que cumplen a conciencia ritos ancestrales, permanecen extraños a todo fanatismo sombrío y parecen decir siempre a sus dioses, como el Espinoza de Voltaire al suyo: Más creo, entre nosotros, que no existís” (1). Es verdad que el fondo

de la religión helena es igual al de todos los pueblos. Pero hay tradición libertadora, selectiva, que no advertiremos en la romana. Quizás esto mismo obligó a Epicuro al noble respeto y a encumbrarlos sin suprimirlos.

Roma presenta, en cambio, panorama distinto. A la multitud exagerada de sus dioses se suma una falta completa de bondad. Son inexorables, vengativos, sanguinarios, sin tradición nacional, extraídos de todos los ambientes. Cuando Henio enumera en dos versos a los dioses

Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana, Venus, Mars,
Mercurio, Jovis, Neptunus, Vulcanus, Apollo

atrás quedaba la religión no modificada sino acrecida por el tiempo. Las divinidades citadas, excepción hecha de Júpiter y de la Minerva Etrusca, las demás son adaptaciones helenas; y del pasado es posible reconstruir otros altares trasladados con su madera o bien cambiando tan solo la hechura. Hagamos somero análisis: de los Etruscos adoptaron la ciencia aurospícina o adivinatoria por el examen de las vísceras. Los cultos de Creta y Arcadia fueron semejantes en los romanos. El animismo italo es exhuberante, pero carente de toda imaginación: "Roma debía adoptar tanto más leyendas de los dioses griegos cuanto menos había sacado de su propio fondo". La vida desde la cuna era protegido y guiada por deidades. Recordemos a Cuba, Farinus, Abeona, los Penates, los Manes, los Larva y Lemures. Plantas —higuera, cebolla, haba—, animales —el lobo en particular—, aves —gansos, gallinas, etc.—, eran motivo de culto especial.

A Lucrecio fué dado contemplar esta religión multi-forme más crecida cada día con cultos extranjeros. Los dioses orientales y egipcios, a pesar del rigor con lo extranjero, hallaron en Roma nuevos prosélitos. Un griego de oscuro origen y la mujer Pácula Annia conquistaron adeptos para los misterios nocturnos de Las Bacanales en el bosque Sagrado de Similia, tan realmente descritos por Tito Livio.

Esta diferencia religiosa entre ambos pueblos nos explica, pues, el arrebató desemejante de las armas.

En el Libro V, Lucrecio pone en duda que este mundo haya sido creado por los dioses. Si el hombre es agradecido y capaz de inclinar su corazón, a los inmortales ¿en qué debía conmoverlos la pequeña gratitud humana? ¿Por qué habrían de crearse el problema de criaturas imperfectas aquellos que gozan de un antiguo estado de serenidad ilimitada? Y si el mundo yacía confundido y desordenado ¿qué mal —se pregunta— podría causarnos el no haber nacido?:

“Puede apetecer la vida el que felicidades goza desde que participa de ella; pero el que nunca gustó delicias, ¿qué pierde si no es creado?” (Lib. V, vs. 177-180).

Acaba Lucrecio negando a los dioses la inteligencia capaz de conocer los elementos simples de la materia y las combinaciones creadoras de los mismos, y, luego, tenaz en su doctrina concluye:

“Pero aunque no conociera las cualidades propias de los principios generadores de todas las cosas, aun me atrevería a asegurar, mediante la contemplación del cielo y de todas las cosas existentes en el espacio, que de ningún modo el Universo ha podido ser hecho para nosotros por inspiración divina: ¡tántos defectos contiene!” (Lib. V. vs. 195-199).

Con claridad podemos advertir que Epicuro y Lucrecio niegan el poder creador a los dioses y, como detallaremos luego, su intervención en la vida humana. Esto ha sido causa que, con frecuencia, se les acuse de ateos. Pero hay diferencia esencial: suprimen el poder, pero no la existencia. El ateo, así lo creo, reniega aún de esto último. Incluso encontramos en los epicuristas verdadero respeto hacia los dioses y algunos, por ejemplo Filodemo, acusó a los estoicos de ateísmo.

No es accidental ni convencional dar cabida a los dioses en el sistema epicúreo. Recordemos que la sensación es base de la doctrina:

“Comprenderás que las ideas fundamentales provienen de los sen-

tidos, que si no pueden engañar deben inspirarnos confianza, porque mediante la investigación de verdades nuevas ellos mismos pueden vencer sus antiguos errores. ¿Hay algo que nos merezca mayor fe que los sentidos? ¿Puede suponerse que la razón deponga contra ellos cuando todos los datos de que se vale solamente de los sentidos proceden? Si fueran falsos los antecedentes que ministran a la razón, falso ha de ser el juicio que ésta forma acerca de las cosas". (Lib. IV, vs. 478-485).

Para el moderno, dice Guyau, la representación de la divinidad requiere doble proceso: primero darle forma sensible y luego aparecer esta forma ante la vista. Pero para los antiguos lo inicial estaba hecho: vivían en medio de sus deidades, entre sus estatuas e imágenes. Pero volvamos a la sensación: si en el sueño o en la vigilia nos visitan fantasmas, de acuerdo con la infalibilidad sensorial, detrás de ellos existen realidades. Podemos comprender ahora que, aun cuando Epicuro no distingue alucinación de sensación, si los dioses se aparecen, existen.

Acordada su existencia necesario es hacer la diferencia entre ellos y lo humano. Lucrecio supone que la morada propia de los dioses debe ser muy diferente a la nuestra y *tan sutil como su cuerpo*. Empédocles expone idea semejante:

"No hay modo de acercarse (a Dios) según espacio,
ni de flecharlo con los ojos,
ni de agarrarlo con las manos;
aunque, para mente humana, sean ellos de fijo
los caminos de rueda
los más persuasivos.

Que no se distinguen por tener sobre los miembros cabeza humana
ni les salen dos ramos de la espalda,
ni tienen pies
ni las rodillas ágiles
ni hirsutos miembros viriles..." (2)

El mal es incompatible con la existencia de los dioses. Ya Lucrecio nos ha pintado el mundo de oscuros colores, co-

mo medio para afirmar que lo imperfecto no podía nacer de la perfección. Por lo mismo es indispensable, ya separados de la existencia humana, darles su universo para que en él gocen de beatitud y de perpetua tranquilidad. La morada de los dioses será, como indiqué, diferente a la humana, más sutil, insensible a los sentidos:

“Y por este motivo no debes de creer que en alguna parte del mundo haya mansiones destinadas para residencias de númerones: si éstos son delicadas sustancias que los sentidos no pueden percibir, y si escapan a nuestro tacto, deberán tener relaciones con algo que del orden sensible exceda, porque no puede tocar lo que es incapaz de ser tocado”. (Lib. V, vs. 146 a 151).

Este arduo problema de los dioses da lugar al argumento de Lange, el cual me parece menos aceptable que el anterior, pero digno, de todas maneras, de tomarse en cuenta. Colocados los dioses, en esa morada eterna ¿no los vemos dueños absolutos del deleite? Para Epicuro que infundía a los humanos el anhelo de tal fin ¿no eran los dioses un ideal, dignos modelos de imitación? Ya antes nos había dicho: quien vive entre bienes inmortales no es de naturaleza mortal. Esta idea cabe dentro de la doctrina, pero presenta menos lógica. Bien podría interpretarse al contrario: no prefigurarlos de tal modo sino más bien adaptarlos posteriormente al fin del sistema.

Sólo el estudio de las causas puede libertar al hombre del temor a los dioses; también la serena contemplación de la naturaleza. Fuera de este camino, dice Lucrecio, el miedo y la cobardía nos arrojarán, lo mismo a reyes que a mendigos, a las estatuas de los dioses en solicitud de clemencia; vendrán los sacrificios de brutos para aplacar su ira. Porque para el autor *De Rerum Natura*, la religión es producto de lo inexplicable. Cuando el hombre contemplaba el orden constante y regular del cielo, la visita periódica de las estaciones, etc., y no podía explicar las causas, les atribuyó poder a seres caprichosos que disponía las cosas a su antojo:

"Infeliz especie humana que atribuye tales hechos a seres imaginarios, a los cuales considera influidos por acerbos iras. ¡Cuántos gemidos ha arrancado, cuántas heridas ha abierto, cuántas lágrimas ha producido a la descendencia de los hombres esa invención! La piedad no puede consistir en cubrirse la cabeza con espesos velos, dar vueltas alrededor de una estatua y visitar altares; ni tampoco en prosternarse y levantar las manos ante los templos de los dioses, y menos en inundar las aras con sangre de cuadrúpedos, ni en hacer votos con juramento, sino en observar atentamente con ánimo sereno los sucesos todos. (Lib. V, vs. 1194-1203).

Epicuro, Lucrecio también, fué acusado varias veces entre sus contemporáneos de hipócrita. Sin embargo en la antigüedad se podían negar los dioses e incluso no adorarlos. Quizás estos ataques parten de la manifiesta piedad de Epicuro. Consideraba como impíos más bien a quienes les atribuían, así lo dice a Meneceo, opiniones vulgares. El abierto camino del utilitarismo, respecto al tema que trato, se desinteresa absolutamente: se podía visitar los templos, respetar a los dioses, pero nada debía pedírseles, porque nada podían dar .

En conclusión, el Epicureísmo y las tesis poéticas de Lucrecio, cada uno en su puesto, suman su doctrina a lo ya establecido. No es ni siquiera aceptable pedirles monoteísmo. Los actos de un dios o más, permanecían en el mismo plano: "Los griegos (los romanos también) continuaron, por tanto, viviendo con sus dioses, que eran las personificaciones de su pasado y de su porvenir. El olimpo quedaba en pie, y el Júpiter del Partenón continuaba resplandeciendo eternamente inmóvil e inofensivo en el frontón del gran templo" (3).

EL DELEITE, FIN SUPREMO

(Conclusiones)

—I—

Con lentitud, a paso seguro, Sócrates cerraba, por medio de su dialéctica, las salidas a Aristipo de Cirene. Este se vió precisado a confesar que no deseaba contarse ni entre los mandados ni tampoco en el lugar de los dirigentes:

"Pues bien: puesto, que conoces ya el lugar de cada uno de estos tipos, ¿has considerado alguna vez a cuál de las dos clases te inclinarías con justicia?"

"Por mi palabra —contestó Aristipo—, jamás me he colocado en la clase de los que quieren mandar. Porque, considerando qué arduo es proveer a las necesidades de uno mismo, me parece de locos no contentarse con tal faena, y cargarse encima con el peso de proveer a las necesidades de los demás ciudadanos".

Y más adelante el diálogo continúa así:

"Pasemos a los Griegos, entre los que tú te cuentas. ¿Quiénes son los que te parecen llevan una vida más agradable: los que mandan o los que obedecen?"

"Pero es que tampoco me cuento yo entre los esclavos" —dijo Aristipo— "pues me parece que hay aquí un término medio entre esclavitud y señorío que es menester seguir y es precisamente la libertad, gran conductora hacia felicidad".

Sócrates antes de concluir cuenta al de Cirene lo que

Pródico, el sabio, escribió sobre Hércules. Este ameno relato, en el cual virtud y maldad se disputan la supremacía sobre el Dios, permiten al filósofo colocar aquélla sobre ésta y entregar un consejo:

“Piénsalo, pues, bien, Aristipo, y esfuérzate un poco en arreglar tu conducta para lo restante de tu vida”. (1).

Por este diálogo reproducido por Jenofonte en los *Memorables (Recuerdos Socráticos)*, apreciamos en parte la situación de Aristipo en cuanto a la vida y en cuanto a la filosofía: un término medio agradable y la libertad conductora hacia la felicidad.

Esta última, tan perseguida, tan deseada, no está, de seguro, en el exterior del hombre, como objetivo tesoro, que, quizás, nos tornaría, de inmediato, en nuevos aventureros. Si existe, duerme en la propia interioridad en espera de la palabra mágica que la haga levantarse y andar.

Si el hombre debe ser feliz, lo que importa es el medio de allegarla. Por eso somos tan distintamente felices los unos de los otros. En todo caso creo que la felicidad está en la armonía, en el instante armónico, con un mundo concebido para ser conquistado.

Aristipo de Cirene practicaba *el deleite* como fin supremo. Epicuro con modificaciones, y Lucrecio en simpatía con éste, situarán en el mismo plano el fin de la vida. Este anhelado deleite, fácil en consideración ligera o en restricciones de vocablo, obliga al hombre, antes que nada, a la más absoluta libertad. Por ello no es tarea insignificante ni se puede ser epicúreo a la manera de los romanos que describí en el capítulo precedente. Obliga el sacrificio y la renunciación. Este deleite —admitase la paradoja— es casi un dolor. Ya relegamos a los dioses a sus moradas muy aparte de la tierra, expusimos que todo sacrificio es poco para desarraigar el temor de la muerte; situamos al mundo en el juego de los átomos, y ahora ¿qué nuevos sacrificios nos esperan, que otras aceptaciones para poseer el llamado *deleite* en el cual está el secreto y la clave de la vida?

Empecemos por aclararlo. Aristipo distinguía dos es-

pecias de sensaciones: una resultado de movimientos bruscos y rudos del alma y otra de dulces movimientos de la misma. Esta diferencia cualitativa nos entrega dos efectos: placer y dolor. Este último es el enemigo por combatir en los sistemas. Los seres —dice Lucrecio y Epicuro— ya desde el nacimiento se rebelan contra él. *El deleite* será, pues, estado ajeno a todo dolor (aponía):

“El término y fin de la magnitud de los deleites es el sustraerse de todo cuanto duela. En donde hubiere cosa deleitable, mientras ésta dura, no la hay que duela, o aflija, o ambas cosas”. (2).

Aristipo y Epicuro, aunque partan del mismo punto, no permanecerán unidos en la concepción de los detalles. El primero valora el placer del cuerpo más que el del espíritu en razón del sufrimiento. Para él es siempre más intenso el dolor corporal que el espiritual y, por lo mismo, debe haber compensación de acuerdo a esta intensidad. El segundo, al contrario, y por personal experiencia, aun cuando relativa su afirmación, asegura que el dolor corporal intenso es siempre breve y el moral indefinido en duración; y supuesto el caso de larga enfermedad llega a convertirse en deleite (3).

Ambas concepciones se colocan, en cuanto a precisión de tiempo, por la razón antedicha, en lugares distintos. Aristipo se encierra en el presente: debe haber deleite para cada instante (placer en movimiento), cada sensación debe sucederse de otra, y así indefinidamente. Epicuro preconiza el placer en reposo y de acuerdo a lo espiritual, para él más importante, abarca el pasado y el futuro “que no deja de ser nuestro absolutamente” (4).

El placer epicúreo abarca cuerpo y alma. Parte del primero para elevarse a la segunda. La libertad del hombre empezará por los deseos naturales y necesarios (su virtud en la templanza), pero la suprema será conseguida por nuestro espíritu: “El principio y la raíz de todo bien es el placer del estómago”. Esto no es, como indiqué, el disfrute perfecto, sino la semilla, el inicio.

Es necesario saber del momento deleitable, porque cuan-

do ya no podemos reclamarlo tampoco lo necesitamos; por tal razón es preciso cuidar este principio y fin para vivir felizmente y reconocerlo como primero y congénito bien. Pero la experiencia humana, tan parecida y tan diversa a la vez, tan particular y tan general, entrega muy variados efectos que el observador ha de tener presentes para no ver demolidos sus edificios al primer viento adverso. Así el deleite es un bien, porque lo exige la humana naturaleza, pero no todos son elegibles ni tampoco indeseables todos los dolores:

“Debemos, pues, discernir todas estas cosas por conmensuración, y con respecto a la conveniencia y inconveniencia; pues en algunos tiempos usamos del bien como si fuese mal, y al contrario, del mal como si fuese bien” (5).

Para llevarnos a la ansiada libertad también el sistema de Demócrito debería sufrir modificaciones. ¿Qué es menos fatal: el destino o el azar? En verdad ambos pueden ser igualmente negativos para el hombre o al contrario. Sin embargo, cuando se trae a cuenta el primero es como poner un camino ya trazado hacia adelante. Fácil de comprender es que ello no convenía a un sistema libertador. El azar en cambio, es variable, su veleta puede cambiar y favorecer al hombre. Es, en cierto sentido, esperanza y aliento. Por lo mismo Epicuro dará desviación a sus átomos (clínamen); la maquinaria de relojería del sistema afloja esta pieza para explicar el azar como nuevo hecho en la libertad humana:

“Si es cierto que entre todos los movimientos o manifestaciones de la vida hay una regular perpetua conexión, y que todas las cosas en el mundo se producen dentro de un orden inquebrantable, cierto ha de ser también que la declinación de los cuerpos no puede originar combinación alguna que rompa los lazos del destino y perturbe la ley que a cada hecho convierte en causa de lo infinito, pero engendra la libertad de que gozan los seres animados para dirigirse hacia donde el deseo los incita, aunque en nuestras acciones domine un agente matriz, que es origen de los movimientos voluntarios, en cuya virtud nos determinamos, no por las atracciones de tiempo fijo

o de lugar cierto, sino por los impulsos de nuestra alma". (Lib. II, vs. 251-260).

—II—

El hombre no puede ser unilateral en absoluto. En la mente aun la afición básica cambia sus derroteros en medida que transforma su concepción del mundo. Creo que luchar no significa poner las piedras de la torre de marfil, sino más bien lograr la arquitectura que no sirva tan solo a nuestros ojos, sino que se encuentra, siendo suya, ante la posibilidad de hacer gozar otras miradas. El hombre que exalta su yo y le rinde culto, que no hace el sacrificio de sí mismo, no merece lugar en este valle.

Puedo explicarme a un epicurista en Atenas. Las condiciones temporales abren las puertas más extrañas. Admiro a Lucrecio como poeta, aun cuando no como hombre —lo hice constar en el capítulo primero—. Es posible que conquistar la soledad y alzar sus murallas no sea tarea fácil y que, incluso, encierre grados de valor. El epicurista, en mi concepto, en la medida que arroja todas las vestiduras para quedarse sólo frente al *deleite*, escabulle la corriente del río que le toca correr a sus pies.

Puedo aceptar el ataque a dioses insaciables y la prédica de las mejores virtudes ¿pero que haría un ejército que cuida el brillo de sus armas y no quiere ensombrecerlas de combates? El epicurista tiene mucho de santo. San Jerónimo dice que la vida de Epicuro estaba "llena de hierbas, frutos y abstinencias". Hay valor en el vencimiento de sí mismo y para poder decir, en un momento dado, que todo puede ya contemplarse lejos del aquilón. Más lo habrá, sin embargo, si en él podemos estar sin mengua de nuestras propias creencias. El epicurista no entra a los azares del gobierno, no discute, limita la amistad; nos prohíbe las lágrimas, nos previene del amor y le pone atavíos de frialdad; si las hay, rompe las lejanas esperanzas.

La vida es toda experiencia. Esta se adquiere en él

juego de nuestras pasiones. Prefiero a la juventud que cae y se levanta, ensaya y muere, más que a la conventual que conoce el sol y la noche por espejos. El epicurismo tiene gran pusilanimidad respecto a la vida. El dolor es un daño, el enemigo del hombre. Yo creo, en cambio, en el dolor creativo. No niego la dicha de la tranquilidad y la necesidad del placer como remansos en la corriente, pero los elimino absorbiendo y debilitando el total tumulto de las aguas. El tranquilo, el deleitado, es como quien compara las batallas a juegos de ajedrez. El dolorido fructifica sus árboles en cada vencimiento. Hay más obra de dolor que de alegría, y ello por la diferencia en las acciones.

Hay en el hombre poder idealizante. Idealizar significa hacer mejor la realidad. Quizás se pierda esfuerzo en algunos ideales, pero ellos son tan necesarias como el aire que alienta la vida. Sobre todo hay momentos en que no es posible dejar de hacerlo.

No trataré de hacer definiciones para el amor; "lo que tiene historia es indefinible". Creo que amar es repartir el amor. Pero, naturalmente, empieza por centrarse y tal centro está en otra naturaleza humana. Nada más lógico que pretender lo mejor; y si esto es imposible —tomo mi aislada consideración anterior— ¿no puede suplirse idealmente? ¿Somos mejores en la cruda realidad o en el fervor de los sueños? Lucrecio nos prohíbe también la idealización del ser amado. Nos aleja, además, de cualquier pasión amorosa, porque correspondida o no, acarrea grandes males. Paso a paso va quitando el epicureísmo el anhelo afectivo. En cambio nos ofrece un frío cálculo para llegar a él y entonces cambia el nombre de amor por el de hábito.

La amistad, como todo otro efecto profundo, significa atadura. De ella encontramos frases y pensamientos en todas las filosofías, fuera de ellas y más allá del tiempo. Epicuro debía admitirla, pero también condicionada. Hay que disfrutarla durante la vida, pero no debemos guardar ninguna tristeza cuando muera el amigo. Esto será un bien, pues sabremos que goza del absoluto descanso. Nuestros sentimientos deben caer en el vacío. El deleite es el

hierro, no candente sino frío que insensibilizará nuestras entrañas.

¿Es un mal la religión comunicativa? ¿es mejor el hombre sin ella? No negaremos la bondad que puede albergar el corazón más incrédulo, ¿pero esa inmensa mayoría, sangre de los pueblos, no radica su fe, esperanza y caridad en el anhelo de acercarse al dios que adora? ¿No es más desprendido el hombre cuando sabe que se pertenece menos?

Creo, finalmente, que el sistema lucreciano alberga gran tristeza. El propio poeta de la Naturaleza de las Cosas se nos presenta, a ratos, inundado de melancolía. Ni el mismo puede libertarse con el fervor del sistema. En conclusión: hay medios en el epicureísmo, cuya aceptación puede hacernos mejores, pero no creo en la belleza del fin: demasiado esfuerzo para solitaria sabiduría. No creo que radique en esto el fin del hombre:

“¡Qué placer, cuando turbado el mar por la furia del viento vemos desde la tierra el peligro ajeno! Y no porque el sufrimiento de los demás sea para nosotros motivo de deleite, *sino porque es agradable contemplar los males a cuyo abrigo estamos.* ¡Qué felicidad, cuando vemos, *a cubierto de todo riesgo personal,* entrechocarse en la llanura los grandes ejércitos...!” (Lib. II, vs. 1-5).

NOTAS

De *EL ALMA*:

- (1) *Último Viaje*, poesía de E. González Martínez, Revista *Tierra Nueva*, Año I, núm. 2, 1940.
- (2) *Ob. cit.* de Dióg. Laercio, *Epicuro a Meneceo*, 93.

De *EL CANTO A VENUS*

- (1) *Los Presocráticos*, *ob. cit.*, parte segunda, 11. 2.

De *LOS DIOSES*

- (1) *Orfeo*, *ob. cit.* de S. Reinach, pág. 126.
- (2) *Los Presocráticos*, *ob. cit.*, *Poema de Empédocles*, parte tercera, III, 3.
- (3) *Ob. cit.* de Guyau, pág. 192.

De *EL DELEITE, FIN SUPREMO*

- (1) Jenofonte, *Memorables (Recuerdos Socráticos)*. Prólogo y selección por Juan David García Bacca. Bib. Encic. Popular, No. 67, 1945. Págs. 16-17.
- (2) *Ob. cit.* de Dióg. Laerc., Epístola a Meneceo, 102-3.
- (3) "Lo que causa dolor no permanece siempre en la carne, sino que su vehemencia dura poco: y aun lo que sólo priva del deleite según la carne, suele no durar muchos días. Las enfermedades largas más tienen de deleitable en el cuerpo que de aflictivo". (*Epicuro a Meneceo*, 102-4).

- (4) "Disiente asimismo de los Cirenaicos en otra cosa. Dicen éstos que los dolores corporales son peores que los del ánimo, puesto que los delincuentes son castigados en el cuerpo; pero Epicuro tiene por mayores los dolores del ánimo; *pues la carne sólo tiembla por el dolor presente, mas el alma por el pasado, presente y futuro*". (Idem. núm. ant. 102).
- (5) *Idem.* núm. ant. 96.

*TRADUCTORES HISPANO-AMERICANOS
DE LUCRECIO*

El fin de este capítulo es reseñar más bien que hacer trabajo crítico. En lo leído, por tanto, me mueve a la admiración, sobre todo, el gusto personal. Comparar los textos latinos y españoles, para obtener las infidelidades y los aciertos, quizás será trabajo de futura investigación. Deseo proporcionar nombres y hacer sobresalir aquello que pueda estar a la mano del estudioso de este tema.

América ha consagrado, no sin justo motivo, a los poetas imperiales; ha ido a las fuentes, pero al pasar por los medios ha olvidado el nombre de Lucrecio.

Agradable hubiera sido decir, al igual que se dice "Horacio en México", lo mismo del autor de la Naturaleza de las Cosas. No hallamos, en verdad, los motivos exactos de este olvido, pero es indudable el conocimiento de Lucrecio en los círculos literarios y filosóficos. En los primeros, ahí está nuestro interés, sería imposible el desconocimiento. Es difícil comentar a Virgilio, a Horacio y a Ovidio, sobre todo en lo que se refiere al problema de las influencias, sin colocar, muy a la vista, a Lucrecio. Un estudio sobre Henio y de su influjo sobre la literatura posterior también acarrearía la presencia de nuestro autor. Por otra parte Lucrecio en la Historia de la Literatura Latina no es un nombre que pueda citarse como eslabón de la cadena o para fidelidad de tiempo literario. Es, como sabemos, mucho más que eso: poeta universal, inmortalizado. Nos sorprende, pues, que un país con tradición clásica, no haya contada a Lucrecio entre sus preferencias. Sólo la misma causa de su olvido en la antigüedad repetida en estas latitudes, podría darnos un indicio: prejuicios religiosos o antiepicureísmo.

Las primeras traducciones de Lucrecio, en este país, son de presente inmediato. La primacia corresponde al maestro Agustín Millares Carlo. Si es forzoso situar la cultura por el lugar de su creación, pertenece a México esta obra del citado latinista. En el Vol. IV, núm. 15, año 1944, de la Revista *El Hijo Pródigo*, se publicaron fragmentos escogidos de los tres primeros libros. Por amabilidad de la persona indicada he podido manejar y utilizar el texto completo de dichos libros.

Esta traducción en prosa, si necesaria es la comparación, supera a la del español Rodríguez Nava. Apoyo mi juicio en el trato formal de los asuntos. El fondo permanece semejante, por lo cual no merece consideraciones especiales. Con todo el señor Millares usó en determinados trozos oscuros o de reproducción dudosa, los textos más fieles y anota las razones de ello. Pero retornando al apoyo de mi argumento, la belleza de la prosa está libre de un tono rebuscado que salta en las líneas de lo traducido por Rodríguez Nava. La traducción de aquél es en la lengua hispana lo que la de Ernout es en la francesa. Considero que puede deducirse otra diferencia: aprecio más vigor en Rodríguez Nava a cambio de mucha más suavidad poética en la del maestro Millares. El gusto del lector se solaza mejor en la de éste.

Desconfío de las traducciones en verso. Es más difícil conservar en sus terrenos la flor de la idea y la exactitud del original. Toda traducción pierde y el verso acentúa aún más esta pérdida. Escribir en tal forma predispone de inmediato al sacrificio del idioma original a cambio de redondear metáforas en el propio. He leído dos traducciones en tal forma: la fragmentaria de Gabriel Méndez Plancarte (*Revista Abside*, IX-4, 1945) y la completa de Marchena. Entre los hexámetros del primero y los endecasílabos del segundo, me inclino, puro gusto poético, por los de éste. Quizás las propias formas usadas nos expliquen la diferencia en cuanto a la soltura del verso. De nuevo comparamos un trabajo mexicano con un español. Con Millares y M. Plancarte concluye México el número de traductores lucrecianos.

De América del Sur el *Boletín de la Academia Venezolana correspondiente de la Española*, año VII, núm. 29, 1941, págs. 15 y siguientes, nos informa de dos traductores de Lucrecio: Pérez Bonalda y Lisandro Alvarado.

Con extraña suerte nacieron ambas traducciones. De la primera en hexámetros, perdida antes de llegar al público, nos resta el testimonio laudatorio de Manuel Revenga.

La correspondencia de Alvarado con su amigo íntimo Gil Fortoul nos dice la historia de la segunda traducción en prosa. Iniciada en 1890, concluida en el 94 y revisada en 1904.—H. A. J. Munro le sirvió en el último proceso—espera aún el editor que la rescate del olvido. Lisandro Alvarado vió algunos fragmentos en letra de imprenta en las siguientes publicaciones: con los títulos de *El hombre Primitivo* y *Una traducción* en la revista *El Cojo Ilustrado* en agosto 15 y 1º de los años 1895 y 1903, respectivamente. Los *Anales de la Universidad Central de Venezuela* publicó los libros I, II y III (diciembre de 1909, marzo y junio de 1910). Con estas noticias cierro lo recogido acerca de traductores americanos.

Respecto a los hispanos, fuera de los dos citados, los que a continuación se especifican (excluyo a Andrés Bello), aparecen estudiados por Menéndez Pelayo en su obra inédita sobre Lucrecio, cuyos originales esperan, en la Biblioteca de Santander, la edición que merecen. Hago constar, pues, que ninguno de estos datos me pertenece, pero al haber tenido la suerte de obtenerlos por conducto de la amistad, consignarlos significa cumplir con valioso deber informativo.

Seguiré el orden establecido por el propio don Marcelino. Variaré solamente la redacción con objeto de ganar en claridad. Añado también numeración en algunas partes.

Códices.—Del inventario de los libros del Duque de Calabria, don Fernando de Aragón, siglo XV, 393, menciona el descrito de la siguiente manera: "Lucretius, de forma pequeña, de mano, en pergamino, cubiertas las tablas de brocado sobre seda verde, con manecillas de plata".

El mismo magnate poseyó otro ejemplar de Lucrecio

del cual se ignora si sería manuscrito o impreso.

Cita, además, otro códice que, posiblemente, existió en Valencia hacia el año de 1830.

Traducciones.—a) Don Antonio Llodrá, antes de 1812, tradujo al castellano los libros I, IV y VI de *Rerum Natura*. Conservó el original don Juan Muntaner y García que añadió, al decir de don Marcelino, comentarios muy curiosos. Se ignora si la traducción estaba en verso o en prosa, pero por ser el P. Llodrá versificador bastante flúido, es más probable lo primero.

b) En los *Ensayos Poéticos* de don Gabriel Ciscar, académico de mérito de la Real de San Carlos de Valencia, impreso en la Librería Militar de Gibraltar, 1825, p. 21-34, aparece de don Javier de Burgos la “traducción de algunos fragmentos selectos de Tito Lucrecio en los cuales nada hay contra la religión ni contra la moral”. De acuerdo a las noticias recibidas por mí, don Marcelino reproduce los cuatro fragmentos que corresponden, tres al libro primero, versos 1-58, 63-102 y 251-305, y el cuarto, al libro II, versos 1-60.

c) Pedro Paz Soldán y Unanúe, que usó el seudónimo Juan de Arona, en el libro titulado *Poesía Latina* incluyó fragmentos de una traducción en silva del poema de la Naturaleza. Parece que abandonó el trabajo de seguir trasladando algunos fragmentos, y los inéditos traducidos “aunque llenos de prosaismos, son recomendables en muchos de sus partes por la soltura y claridad”. Llenan estas últimas cualidades los pasajes en que describe la infancia del mundo y el nacimiento de la civilización.

d) Antonio José Restrepo dedicó al señor José María Rojas Garrido, fragmentos del libro V, versos 1160-1239, y que, según, entiendo, se publicaron en la obra titulada *Poesías Originales y Traducciones Poéticas* del citado Restrepo, con prólogo de Juan de D. Uribe y carta prefacio de M. Ed. Haraucourt (Imprenta Georges Dridel et Ca. 1899, p. 307-312):

Traducciones ocasionales.—a) Francisco Cascales Liedo en la página 349 de la segunda edición de los *Discursos Históricos de Murcia y su Reino*, traduce algunos versos.

b) Del Libro I, en el discurso 37 de *El Censor*, autor anónimo traduce los versos 926-928:

"Piso en terreno que de humana planta
jamás ha sido hollado: sí, es un gusto
ir a beber a fuentes aun intactas".

...peragro loca nullius ante
trita solo. Invat integros accedere fontis
atque haurire...

c) También anónimo, de padre Jesuita, aparece fragmento en *El Diario de Valencia*, 12 de septiembre de 1799.

d) En las *Obras Completas* de don Andrés Bello (Santiago de Chile, 1885, pg. 307), en parte correspondiente al discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el 17 de septiembre de 1843, aparecen traducidos algunos versos.

Imitaciones.—El P. José Pons S. J., barcelonés, 1730-1815 (?), elegante versificador, profesor de filosofía, profundamente versado en Escolástica y conocedor de las escuelas de su tiempo, publicó poemas latinos didácticos con materia científica. Pueden citarse el titulado *Ignis*, 1760 y otro compuesto acerca de la fuerza centrípeta. (*Philocentrica, sive de corporum gravitate libri duo*).

Reminiscencias.—Don José Joaquín Olmedo en el *Canto a Junín*, en la parte que loa al sol, tiene reminiscencias de la Invocación a Venus:

Quae mare navigerum, qua terras frugiferenteis
concelebras: per te quoniam genus animantum
concipitur, visitque exortum lumina solis.

Tu vivífico ardor todos los seres
anima y reproduce: por tí viven
y acción, salud, placer, beldad reciben...

Juicios.—En las *Cartas Inéditas de Olmedo* precedidas de breve estudio por Juan León Mera, Quito, Imprenta de

la Universidad, 1892, don José Joaquín dice en carta a su amigo al doctor Araujo, fecha en Guayaquil, 29 de septiembre de 1824:

“Sepa Ud. (aquí en secreto) que yo amo mucho a Lucrecio y lo tengo por un genio extraordinario y en sumo grado filósofo y poeta. Los ascéticos de los primeros siglos y sus secuaces dieron en llamarle el príncipe de los materialistas. Yo no sé por qué fueron a buscar el origen de ese error en las tinieblas del paganismo, cuando las nubes que cubrían el mundo en esos primeros siglos del cristianismo estaban más cerca de ellos, y les ofrecían las verdaderas causas de los errores y de las supersticiones. Yo no creo que Lucrecio, un filósofo que divinizaba la materia, materializase el alma y la divinidad. El materializó los dioses que adoraba su siglo: dioses que merecían ser menos que materia. Conoció toda la miseria de esos ídolos, y antes que creerlos autores de la fábrica admirable del mundo, se persuadió más bien que cualquiera otra cosa, que no ellos eran el alma o principio de esta obra portentosa”.

En otra carta de 19 de noviembre de 1829 contesta en la siguiente forma a las objeciones del doctor Araujo:

“Por lo que hace a Lucrecio, son justas las observaciones que Ud. hace a mi carta anterior, pero creo que debe ser equivocación mía al hablar de los primeros siglos, así como fue una inexactitud llamar ascéticos a todos los que llaman a Lucrecio príncipe de los materialistas. Yo no me indigno de que se le llame materialista, porque lo es; lo que no sufro es que se le llame príncipe, cuando siglos atrás filósofos de nombre sentaron los principios que después explanó y hermoseó Lucrecio. *Epicuri sunt omnia qua delirat Lucretius*, decía Lactancio”.

Agradézco al señor Millares Carlo la dirección de este trabajo y el haber revisado y corregido algunas de las notas anteriores de Menéndez Pelayo que por oscuridad del original llegaron a mis manos en tal forma. Igualmente a Bernardo Casanueva el haberlas enviado y tomado para mí en la Biblioteca de Santander.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

- COLORADO Vicente traducción de la obra de LAN-
GE A. *Historia del Materialismo*,
Daniel Jorro editor, Madrid,
1903.
- CROISEZ Alfred y Maurice, ... *Histoire de la Littérature Grec-*
que, Paris, 1896-1910.
- ERNOUT Alfred *De la Nature*, Paris, Société
d'éditions "Les Belles Lettres",
1935.
- GARCIA BACCA Juan David ... Prólogo y selección a la obra de
JENOFONTE *Memorables (Re-*
cuerdos Socráticos), Bib. Enciclo-
pédica Popular, núm. 67, 1945.
- GARCIA BACCA Juan David ... *Los Presocráticos*, traducción y
notas, Colegio de México, 1943.
- GIL ALBERT Juan traducción de la obra de CRES-
SON André, *Epicuro, su vida, su*
obra, su filosofía, Editorial Amé-
rica, Méx. 1941.
- GUDEMAN Alfred *Historia de la Literatura Latina*,
Colección Labor, Tom. 98-99.
- HERNANDEZ ALMANZA A. ... traducción de la obra de GUYAU
J. M. *La Moral de Epicuro*. Edi-
torial Americalee, Buenos Aires,
1943.
- LAGRANGE *Oeuvres Completes de Lucrece*.
Revue avec le plus grand soin
par BLANCHET M., Paris, Gar-
nier frères, libraires-éditeurs, 1878.

- LAVIGNE Ernest *De la Nature des Choses*, avec une étude sur la Physique de Lucrece par ANDRE Frédéric, Paris, Lib. Hachette et cie., 1870.
- MARCHENA J. traducción del poema en seis cantos *La Naturaleza de las Cosas*. Biblioteca Clásica, vol. 72, 1897.
- MARTHA Constant *Le poème de Lucrece*, Paris, Hachette et cie., 1896.
- MESSER Augusto *Filosofía Antigua y Medieval*, Espasa Calpe, 1941.
- MILLARES CARLO Agustín ... *De la Naturaleza*, traducción y selección publicada en la revista *El Hijo Pródigo*, Vol. IV, núm. 15, junio de 1944.
- MONDOLFO Rodolfo *El Pensamiento Antiguo* (Historia de las Filosofías Greco Romana), Buenos Aires, 1942.
- MONDOLFO Rodolfo *Moralistas Griegos* (La Conciencia Moral de Homero a Epicuro), Ediciones Imán, Buenos Aires.
- MORENO BORUTELL Juan ... Traducción de la obra de FOUILLEE *Compendio de los grandes filósofos*, Madrid, la España Moderna, S. A.
- NAVARRO Y CALVO Francisco.. versión castellana de las *Cartas Políticas* de CICERON Marco Tulio, Biblioteca Clásica.
- NAVARRO Y CALVO Francisco.. traducción de la *Historia de Roma* de LIVIO Tito. Biblioteca Clásica, Tom. 111-112.
- NISARD J. M. *De la Nature des Choses*, Collection des Auteurs Latins, 1850.
- OCHOA Eugenio de traducción de las *Obras Completas* de VIRGILIO, Madrid, Imp. Rivadeneyra, 1869.
- ONCKEN Guillermo *Historia de Roma*, Barcelona, Montaner y Simón editores, 1934.

- ORTIZ Y SANZ Josef traducción de la lengua griega de los *Diez Libros* de LAERCIO Diógenes. Biblioteca Clásica, vol. XCVIII, Librería de Perlado Páez y Ca. 1922.
- PONGERVILLE *De la Nature des Choses* traduit en prose. Avec notice littéraire et bibliographique par GRAN-SAGNE Ajaçon de, 1836-39. Bib. Latine Française.
- RANZ ROMANILLOS A. versión castellana de las *Vidas Paralelas* de PLUTARCO. Madrid, Lib. de Hernando, 1890-1900, Biblioteca Clásica, Vol. 27-31.
- REINACH Salomón *Orfeo*, Historia General de las Religiones, Editorial Nueva España, S. A., Méx., 1944.
- REYES Alfonso *El Deslinde*, Colegio de México, 1944.
- RIVERO Francisco traducción de la *Historia de la Literatura Latina* de BAHER Felix. Lib. de Francisco Iravedra, Madrid, 1870.
- RODRIGUEZ NAVA Manuel ... versión castellana de *La Naturaleza de las Cosas* de Tito Lucrecio Caro, con prólogo de PI y MARGALL Francisco, Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros, Madrid, 1893.
- SANTAYANA George *Tres poetas filósofos*, Ed. Lozada, Buenos Aires, 1943.
- VALBUENA Manuel traducción de *Los Oficios* de CICERON Marco Tulio, Biblioteca Clásica, Tomo LX, Madrid, Luis Navarro editor.
- VERNEUIL Enrique Leopoldó .. versión castellana de la *Historia de los Griegos* de DURUY Victor, Montaner y Simón Editores, 1891.

INDICE

	Págs.
Lucrecio ante su tiempo	11
Notas	21
El hombre, el poeta, la obra	25
Notas	35
Epicuro y Grecia, Lucrecio y Roma	41
Notas	58
La doctrina física	63
Notas	83
La muerte	89
Notas	97
El alma	101
El Canto a Venus	109
Los Dioses	115
El Deleite, fin supremo (conclusiones)	125
Notas	132
Traductores Hispano-Americanos de Lucrecio	137
Bibliografía	145